

Selección TERROR

EL ENIGMA DE LA MANSION STANRHODE

Clark Carrados

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

456 — El pavoroso amante de Vivie, Ralph Barby
457 — La muerte es sueño, Lou Carrigan.
458 — Los crímenes de la calavera, Ada Coretti.
459 — Viajando con el diablo, Clark Carrados.
460 — Hollywood, horror show, Donald Curtís.
461 — Soy yo, la Muerte, Ada Coretti.

CLARK CARRADOS

EL ENIGMA DE LA MANSION STANRHODE

Colección SELECCIÓN TERROR nº 462
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 35.940-1981
Impreso en España - Printed, in Spain

1.ª edición: enero, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, asi como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982.

PRÓLOGO

La casa, bien mirado, no tenía un aspecto demasiado fuera de lo común. Era de dos plantas, con ático abuhardillado, y estaba rodeada de un espacioso jardín por tres de sus lados, lo que dejaba libres otras tantas fachadas, la principal, entre ellas, lógicamente.

La cuarta fachada no existía.

Adosada a la casa, conocida por la mansión Stanrhode, de tal forma, que había pared medianera entre ambas, había otra casi idéntica, salvo algunos detalles de menor importancia. La segunda casa, construida bastante después, tenía un nombre muy distinto y así como la mansión Stanrhode estaba abandonada, en el segundo edificio se desarrollaba, en determinadas horas del día, una actividad casi frenética.

El jardín de la mansión Stanrhode estaba abandonado y lleno de malezas. El de la otra casa aparecía siempre muy bien cuidado y había un jardinero de plantilla, para tenerlo constantemente en buen aspecto. Cada especie de flor llegaba en su época y jamás se veía una hoja fuera de su sitio. El surtidor central funcionaba constantemente. El surtidor de la mansión Stanrhode estaba seco y su estanque lleno de hojas secas y hasta podridas, y basura.

El conjunto de casas y jardines componía un bloque que daba a dos calles principales y otras tantas secundarias, éstas prácticamente pasos que enlazaban las primeras. Además, dicho conjunto arquitectónico tenía una característica singular.

Había un alto muro, que partía del final de las fachadas laterales y que llegaba hasta Ia verja que enmarcaba los dos jardines, cada una de las cuales parecía la prolongación de la otra. El muro era muy alto, pues no medía menos de seis metros desde el suelo al borde, y tenía un grosor excepcional, bastante más de un metro. Estaba hecho de sólida mampostería y casi parecía una muralla medieval.

Sin el muro, que eran dos, en realidad ambas casas habrían parecido una sola, sobre todo si el jardín de la mansión Stanrhode hubiese estado mejor cuidado. Pero aquel muro divisorio hacía que el que lo veía por primera vez se diese cuenta sin dificultad de que, tras su construcción, los habitantes de los dos edificios habían querido demostrar así al mundo que no querían tener la menor relación.

De la mansión Stanrhode se contaban tétricas historias, pero muy pocos conocían su auténtica verdad. Eran tan pocos, que habrían podido contarse con los dedos de una mano y aun así habría sobrado alguno.

Se suponía que la mansión Stanrhode tenía un propietario, pero nadie sabía quién era ni dónde estaba.

CAPITULO PRIMERO

Su amigo le había citado en un determinado punto de Londres, pero cuando llegó, no encontró el menor rastro de él. Hugo Duxley se quedó unos momentos desconcertado, mientras contemplaba los globos blancos que iluminaban la entrada al jardín que tenía a poca distancia.

La casa estaba a unos cuarenta metros de la entrada, protegida por una verja, en la cual había un galoneado portero, junto a una garita que le servía de refugio en los días de. lluvia. Los coches que llegaban paraban ante la entrada, pero no accedían al jardín, y un empleado de la casa se ocupaba de llevarlos a un estacionamiento próximo, mientras sus ocupantes pasaban al interior.

Duxley aguardó unos minutos. La casa era un club privado, frase que, en realidad, era un eufemismo que encubría su verdadero fin. El nombre del edificio, visible en una placa dorada situada en la verja, era Zealand's y allí se jugaba. Se jugaba fuerte.

Además, había «contactos». Duxley había llegado poco antes a Londres y tenía ganas de divertirse un poco. Su amigo le había hablado de Zealand's y él había aceptado de inmediato. Pero el hombre tenía un ineludible compromiso aquella misma noche y por dicha razón había acudido en solitario.

Consultó su reloj. Bueno, tampoco había por qué ser tan impaciente; sólo pasaban un par de minutos de la hora. Aún podia aguardar un poco. Se dispuso a encender un cigarrillo y, cuando sacaba el mechero, alguien le pidió fuego con voz melosa.

Duxley se volvió. Delante de él había una joven, muy pintarrajeada, con una blusa de seda azul fuerte, dos números menor de la talla adecuada, sin duda, a juzgar por los redondos relieves que mantenían firmemente tenso el tejido. La cintura era delgada y la falda, de color negro, estaba abierta por el lado izquierdo, hasta la cadera.

El escote de la blusa llegaba hasta la cintura. Ella tenía un bolso de cuero barato colgado del hombro izquierdo. Su pelo era muy rubio, blanquecino, peinado en minúsculos rizos. Los ojos, en cambio, le parecieron intensamente negros.

—¿Fuego? —repitió la mujer.

Duxley acercó su encendedor al cigarrillo que ella sostenía con sus labios cargados de pintura roja. Después de encenderlo. ella le arrojó el humo a la cara.

—¿Buscas compañía, buen mozo?

—No precisamente la tuya —sonrió Duxley—, Perdona, no quise ofenderte, pero estoy aguardando a un amigo.

Ella movió la cabeza hacia el interior de la casa.

—¿Vas a entrar ahí?

—Eso espero.
—Ten cuidado. Son capaces de desplumarte sin que te des cuenta.
—En las casas de juego se corre ese riesgo —sonrió Duxley.
—Pero ahí no se gana nunca. Y el desgraciado que gana...
En aquel momento, Duxley oyó que alguien pronunciaba su nombre. Volvió la cabeza y divisó a su amigo.
—Estoy aqui, Martin —dijo, a la vez que agitaba una mano—. Perdona, chica, otra vez será.
—No te preocupes —contestó ella—. Pero ten cuidado. Es preferible que pierdas diez libras a que ganes diez mil.
Duxley abandonó a la mujer y salió al encuentro de su amigo Martin McElvin. Ambos se estrecharon las manos y entraron en el jardín, una vez que McElvin hubo enseñado su tarjeta de socio y garantizado la personalidad de su acompañante.

* * *

El hombre era alto, fornido, de rostro sanguíneo, que parecía ir a sufrir un ataque de apoplejía en cualquier momento. Tenía a su lado a una hermosa mujer, de escote provocativo, la cual aplaudía fuertemente cada vez que el hombre ganaba una puesta en la ruleta.
Delante del jugador había ya un enorme montón de fichas. Parecía dispuesto a seguir jugando, pero entonces, la mujer le. hizo ver lo sensato de abandonar, ahora que estaba ganado.
—Tienes más de ocho mil libras, David. ¿Para qué correr más riesgos?
—Es verdad —reconoció el sujeto, cuya frente estaba inundada por el sudor causado por la excitación del momento—'. Lo mejor será que nos cambien las fichas. Iremos a casa a celebrarlo privadamente, ¿no te parece?
—¡Estupendo! —palmoteó ella.
David Greenlake hizo una seña. Un empleado vino con una bandeja y cargó con las fichas. El afortunado ganador arrojó dos de diez libras sobre la mesa de Ia ruleta. El gesto fue agradecido cumplidamente por el croupier y sus auxiliares.
—Espérame aquí, cariño —dijo Greenlake.
Duxley observó la escena, con una media sonrisa en los labios. El mismo había apostado algunas libras y, tras varias alternativas, de pérdidas y ganancias, estaba pensando en abandonar. Por el momento, sus pérdidas ascendían exactamente a diez libras.
Sin saber por qué, recordó el consejo de la mujer que paseaba por delante de la casa. Por otra parte, no le habría
hecho demasiada falta. No estaba dispuesto a dejarse desplumar, ni en aquella casa, ni en otra cualquiera, aunque se jugase limpiamente. Detestaba el juego y si estaba allí era por complacer a su amigo

McElvin.
El croupier cantó un número. Luego empujó con la raqueta un montón de fichas hacia el lugar donde estaba Duxley. El joven se sintió asombrado.
—He ganado un pleno —exclamó.
—Así as, señor —confirmó el croupier, impasible.
Duxley se dio cuenta entonces de que había olvidado una ficha de dos libras en la última casilla en que había jugado. Por tanto, le correspondía una ganancia de setenta libras.
—No está mal.
. —También tiene mucha suerte —dijo Ia rubia que acompañaba a Greenlake y que estaba a su lado.
—Sí, pero no la voy a dejar escapar. Ya he terminado de jugar.
—Hace bien —aprobó ella.
En aquel momento, se acercó un empleado.
—Señora...
La rubia se volvió.
-¿Sí?
—El señor Greenlake le ruega le disculpe y pide que le aguarde en su apartamento. El irá a reunirse con usted un poco más tarde. Le pediremos un taxi, señora.
Ella pareció sentirse decepcionada.
—Pero ¿qué tiene que hacer ese zoquete aquí, si ya ha terminado? —protestó.
—Lo siento, señora; me limito a transmitir instrucciones...
—Ya, ya, no siga, por favor. Pero como ese bergante me deje plantada, me va a escuchar, se lo aseguro.
La rubia dio media vuelta y, majestuosamente, arrastrando Ia capa de pieles que formaba parte de su atuendo, se fue hacia la salida, acompañada por el empleado. Duxley la vio marchar, sonrió y con las fichas en la mano, se encaminó hacia la caja.
Junto a la caseta enrejada en dorado, había un hombre, alto, fuerte, atractivo, de unos cuarenta, y tantos años. Duxley entregó las fichas al cajero.
—Veo que ha sido un hombre afortunado, señor...
—Duxley, Hugo Duxley.
—Me llamo Randolph Zealand. Soy el propietario del local.
—Mucho gusto, señor Zealand.
—Celebro conocerte, señor Duxley. Perdone la indiscreción, pero no parece inglés...
—Lo soy, aunque he estado muchísimos años fuera del país. He vuelto recientemente por asuntos de negocios y estaré aquí todavía una temporada.
—Confío en que volverá a visitarnos, señor Duxley —dijo Zealand.

—Sí, seguro.
Duxley se embolsó las ganancias y se despidió del dueño con una sonrisa. Había dado apenas media docena de pasos a través de Ía sala, disponiéndose a buscar a su amigo, para ver qué hacían a continuación, cuando, de pronto, contempló una escena singular.

La rubia callejera estaba en la casa de juego. Pero no parecía haber entrado por su gusto. Además, era de la clase de mujeres a las que en ningún modo se permitiría el acceso a un lugar tan selecto, por muy mala que fuese su fama.
Evidentemente, la joven no estaba allí por su gusto. Duxley vio en ella un gesto de cólera impotente. Caminaba con paso rápido, más bien empujada por el sujeto que Ia agarraba por el brazo derecho con mano de hierro. El aspecto del individuo, pese a su elegante indumentaria, no le inspiró en absoluto sentimientos de confianza.
La rubia y el hombre desaparecieron tras una puerta situada en un ángulo de la gran sala de juego. Movido por un instinto que no pudo reprimir, Duxley echó a andar en aquella dirección, dispuesto a enterarse de lo que sucedía.

CAPITULO II

Adoptando un aire natural, se pegó a la puerta y, disimuladamente. hizo girar el pestillo, abriendo una rendija muy delgada, lo suficiente, sin embargo, para que los sonidos llegaran a sus oídos. Lo primero que oyó fue el inconfundible chasquido de una bofetada.

Sonó un grito femenino, seguido de una obscena imprecación. Alguien reclamó silencio. Un hombre se quejó.

—Por poco me parte la pierna con su maldito zapato...

—Debería haberte pegado un poco más arriba, cerdo —dijo la rubia furiosamente.

—Basta —cortó el otro sujeto—, Clejia, nos estás dando muchas molestias. Sabes que no nos gusta y vamos a terminar de una vez con ese problema.

—¿Ah, sí? —contestó ella con todo desparpajo—. Y, ¿qué vais a hacer conmigo? ¿Matarme y luego enterrarme en el jardín?

—No, pero te escarmentaremos para que no vuelvas más por aquí. Sandy, la navaja.

—¡Oh, no. eso no! —gritó ella desesperadamente.

—¿Qué le corto, señor Pottpick? —consultó el sujeto.

—Dos o tres centímetros, en la mejilla izquierda. Y la próxima vez, si intenta molestarnos de nuevo, cortaremos algo más...

Duxley no quiso seguir escuchando más. Empujó la puerta e irrumpió con violencia en la estancia.

—¡Quietos! —exclamó.

Hubo un gesto de sorpresa general en cuantos se hallaban en aquella habitación. Un hombre, situado tras una mesa, le miró coléricamente.

—¿Qué diablos quiere? —preguntó de mal talante.

Duxley estudió críticamente al sujeto. Era un hombre de casi cincuenta años, bajo, achaparrado, muy cargado de hombros y que se ladeaba hacia su derecha, seguramente por. algún defecto físico. Una cicatriz que partía del lado izquierdo de la boca, deformaba su rostro, haciendo que tuviese una mueca perenne, que lo mismo podía parecer una sonrisa de burla que un gesto de ira. Los ojos eran muy salientes, globulosos, y apenas si tenía apéndice nasal. De no haber sido por los orificios correspondientes, habríase dicho que aquel individuo carecía de nariz.

El esbirro tenía la navaja apoyada en la mejilla de la rubia. Duxley le apuntó con el índice.

—Toque a esa mujer y le romperé todos los huesos —amenazó.

Sandy Olson se volvió hacia el. otro.

—¿Señor Pottpick? —consultó.

—Echalo de aquí —ordenó el aludido.

—Sí,señor.

Olson guardó la navaja, soltó a la chica y avanzó hacia el intruso. Olson medía un metro noventa y pesaba casi cien kilos. Pero era muy pesado y lento de movimientos.
Duxley no se dejó impresionar. Aunque tenía diez centímetros menos y su peso era inferior en casi veinte kilos al de su adversario, estaba mucho mejor entrenado. Cuando empezó a actuar, lo hizo con devastadora rapidez.
Durante unos segundos, sólo se vieron sus puños que se movían como pistones de una locomotora .lanzada a todo vapor. Luego, Olson lanzó un quejido, suspiró y se vino de espaldas al suelo, haciendo retemblar el pavimento con el impacto de su corpachón.
—Cuando salgo de una casa,- me gusta hacerlo voluntariamente, sin necesidad de que me expulsen, señor Pottpick —dijo.
Miró a la rubia y sonrió.
—Vamos, le acompañaré —agregó.
—Gracias, buen mozo. —Ella agitó su bolso—: Adiós, Quasimodo.
La burla provocó en Pottpick un espasmo de furor. Ella lanzó una irónica carcajada y, colgándose del brazo de Duxley, caminó hacia la puerta con gran contoneo de caderas.
—Me llamo Clelia Brown —dijo al salir.
—Hugo Duxley —sonrió él—. Te buscaré un taxi. Siento no poder acompañarte…
—Otro día será, no te preocupes —contestó Clelia.

* * *

David Greenlake desparto de pronto.
Durante unos minutos permaneció inmóvil, tratando de recordar los acontecimientos de que había sido protagonista en las últimas horas. Recordaba haber ido a Zealand’s acompañado de su amante del momento y también se acordaba de que había tenido una inusitada racha de buena suerte.
Había ganado más de ocho mil libras y, al disponerse a cobrar, el cajero le había indicado que debía pasar a la oficina principal. Un tipo de rostro difícil le había acogido con gran cortesía, invitándole a una copa, para celebrar su fortuna. Al cabo de un minuto se había dormido.
Ahora no sabía dónde estaba. Todo aparecía en tinieblas a su alrededor, aunque supo darse cuenta de que estaba tendido en un lugar cerrado.
La atmósfera era sofocante, densa, cargada de olores nada agradables. Greenlake hizo un esfuerzo y procuró sentarse en el suelo.
Su frente chocó contra un techo muy bajo y lanzó un inevitable grito de dolor. Dejándose caer un poco hacia atrás, se apoyó en un codo y

se esforzó por buscar algo en sus bolsillos.
Le habían despojado de todos sus efectos personales. No le quedaba encima nada de valor, ni siquiera un penique. Hasta el reloj, costoso, de oro macizo, había desaparecido.
Apretó los labios, lleno de rabia. Ya había oído rumores sobre la falta de limpieza en el juego de aquella casa, pero nunca lo hubiera creído, de no haberlo sufrido en sus propias carnes. Ahora lo estaba comprobando por sí mismo.
—Cuando salga de aquí, les voy a...
En uno de sus movimientos, tocó la pared y supo que era de metal, bastante grueso al parecer. Se preguntó si algún día podría salir de su encierro.
¿Dónde estaba? ¿A qué infecto calabozo le habían llevado durante su sueño, evidentemente provocado por un narcótico?
Aquel sujeto, el director adjunto de Zealand's, según podía saber, le había puesto la droga en la copa a que le había invitado. Ya no podía albergar dudas sobre el particular.
Hurgó en sus bolsillos desesperadamente. De pronto, lanzó un grito de alegría.
Era fácil advertir que el despojo había sido realizado apresuradamente. Sacó la tira de fósforos que le había quedado en uno de los bolsillos de sus pantalones, arrancó uno y lo encendió.
Entonces, a la débil luz de la llama, vio que se encontraba en un cubículo, con paredes de metal, de unos cuatro metros de largo, por uno de alto y otro tanto de anchura. También vio algo más.
Con ojos llenos de horror,. vio el cuerpo descompuesto que yacía a dos pasos de distancia. De allí procedía el hedor que invadía el ambiente con sus mefíticos efluvios.
El tiempo había borrado casi por completo las facciones del muerto, cuya piel se desprendía en jirones. Las manos aparecían casi descarnadas y el pecho aparecía hundido, desprovisto por completo de la carne que había envuelto la osamenta.
La llama alcanzó de pronto sus dedos y lanzó un reniego de dolor. Volvió a encender otro fósforo.
En aquel instante, oyó un tenue silbido.
Parecía como si alguien insuflase aire en aquella cámara cerrada. Pero, a los pocos minutos, la llama vaciló y se extinguió, antes de haber consumido por completo el vástago de la cerilla.
Greenlake notó cierto ahogo. Abrió la boca para respirar, pero apenas si consiguió que unos gramos de aire llegaran a sus pulmones. Y entonces, aterrado, supo la verdad.
El siseo que percibía no significaba que alguien estuviese dando aire a la cámara, sino todo lo contrario.
Estaban haciendo el vacío.

Pronto se quedó sin oxígeno. Pateó un poco, boqueó como un pez fuera del agua y, al fin, perdió el conocimiento. Cuando notó que dormía, supo que era su último sueño.
Minutos más tarde, alguien habló en el exterior.
—Ya debe de estar muerto.
—Sí, seguro.
—Convendría que llevásemos su cadáver...
—No, hay otro también. Llenaremos la cámara de ácido. Hasta la mitad, con unos cuarenta centímetros será más que suficiente. Dentro de un par de días, ya no quedará nada y entonces abriremos el desagüe. Después, usaremos una manguera. Y si queda algo, ya lo quemaremos.
—Está bien, es la mejor solución.
Greenlake, naturalmente, no podía oír una sola palabra de la macabra conversación.

* * *

Envuelto en una bata, Duxley levantó el teléfono y oyó la voz de su amigo McElvin al otro lado de la línea.
—Ah, eres tú, Martin.
—Hugo, lo siento mucho, pero hoy no podré acompañarte, como habíamos acordado.
—Vaya, sí que lo siento. ¿Pasa algo?
—Un asunto imposible de eludir.
—¿Tiene las piernas bonitas?
McElvin lanzó una carcajada.
—¡Ojalá! —contestó—. No, se trata de algo más serio...
—¿Hay algo más serio que una sonrisa agradable y un cuerpo bien formado?
—En su momento, no, pero ahora es distinto. Te llamaré cuando regrese. Quizá a Ía noche. De todas formas, ya eres mayorcito para divertirte solo, si te sientes aburrido.
—Eso es verdad, pero anoche...
—Lo lamento, fue imposible. Sí, había un par de damas disponibles, pero no me parecieron de la suficiente categoría. Además, tú te marchaste inopinadamente.
—Es cierto. Tuve un contratiempo, a pesar de que gané anas setenta libras. Bueno, Martin, a ver si nos vemos pronto y me cuentas, como prometiste, la historia de la mansión Stanrhode.
—Sí, te contaré lo que sé, que no es mucho, ciertamente. En realidad, hay muy pocos que conocen la historia completa, por no decir ninguno. Yo no soy uno de ésos, Hugo. Hasta la vista.
—Adiós, Martin.

Duxley colgó el teléfono y se quedó pensativo unos momentos.
No sabía qué hacer. Estaba solo en Londres y los asuntos que le habían llevado a la capital británica, desde el otro lado del Atlántico, estaban prácticamente resueltos. Sólo quedaba uno por dilucidar, pero no tenía prisa.
De pronto, llamaron a la puerta,
—Yo abriré, señor —dijo la sirvienta.
Para su estancia en Londres, Duxley había preferido alquilar un apartamento amueblado, mejor que vivir en un hotel, quizá con más comodidades, pero también impersonal. El administrador del edificio le había proporcionado incluso una sirvienta, que sabría guisar, en caso de que decidiera comer en casa. Y, aunque el dinero no era problema, bien mirado casi le resultaba más barato que la estancia en al hotel.
La sirvienta asomó segundos después.
—Señor, hay una dama que quiere hablar con usted —anunció. .
—¿Una dama? —Duxley arqueó las cejas—. No espero a nadie, pero... bien, hágala pasar.
—Sí, señor.
Instantes después, una joven penetraba en la estancia. Era de buena estatura, pelo castaño, con melena corta, y vestía chaqueta y pantalones, con un bolso colgado al hombro izquierdo. La cara le pareció conocida a Duxley, aunque no recordaba dónde Ia había visto antes.
—Señora...
Ella sonrió, sin despegar los labios.
—Me falta la peluca y un kilo de pintura en la cara —dijo.
Duxley respingó.
—Usted...
—Clelia Brown, en efecto. Ahora vestida de... paisano. Anoche iba de «uniforme».
—Ya... Estás desconocida... Perdona. ¿Quieres tomar algo? ¿Té o café? Yo vivo en Estados Unidos y estoy más acostumbrado al café...
—Ya decía yo que tu acento... Debe de hacer muchos años que vives allí, ¿verdad?
—Pues unos catorce, aproximadamente. Discúlpame, Clelia.
Duxley se aproximó a la puerta de la sala.
—Señora Harmon, café, por favor —pidió.
—Sí, señor, en seguida —contestó la sirvienta.
Duxley se volvió y movió una mano.
—Siéntate, Clelia —invitó—. Perdona la indumentaria, pero hacía muy poco tiempo que me he levantado... ¿Un cigarrillo?
—Gracias, fumaré de los míos. Hugo, debes de vivir al aire libre. Tienes un color magnífico, muy atractivo.

—Sí, es cierto. Voy muy poco a la ciudad. Casi siempre estoy en el campo, pero es por necesidades del oficio, como puedes imaginarte.

Clelia chasqueó los dedos.

—No me digas —exclamó—. Eres granjero… No, ganadero. Seguramente tienes un rancho en Texas…

Duxley sonrió.

—Algo por el estilo —contestó ambiguamente—. Pero ¿has venido aquí sólo para conocer mis fuentes de ingresos?

—No —respondió ella—. Lo que viste anoche en mí es un disfraz.

—¿De veras? —Duxley arqueó las cejas—. En tal caso, te das mucha maña para caracterizarte. ¿Eres actriz de teatro?

—En absoluto. Pero quiero que… —Clelia se mordió los labios—. Bueno, la verdad es que no sé cómo decírtelo, aunque quizá sería más conveniente que me escuchases. Cuando termine de hablar, creo que habrás adivinado Io que quiero de ti. Ah, y te anticipo que no se trata de dinero y que no voy a pedirte un solo penique.

—Me estás matando de curiosidad —dijo él—. ¿De qué se trata?

—De la mansión Stanrhode, de su historia… y de las cosas horribles que puede que ahora estén ocurriendo allí.

Duxley recordó a su amigo, que le había prometido contarle la historia de aquella casa y se dijo que la presencia de Clelia era una extraña coincidencia.

—¿Conoces tú esa historia? —preguntó.

—Sí, Hugo.

La señora Harmon entró en aquel momento con una bandeja en las manos y se produjo una inevitable pausa en el diálogo.

CAPITULO III

—El dueño de la casa, en el siglo pasado, es decir, el que la hizo construir, prácticamente en el corazón de Londres, fue sir Francis Stanrhode, un noble que se arruinó con locas especulaciones en la Bolsa, hasta el punto que tuvo que emigrar a la India, con el fin de buscar fortuna —dijo Clelia unos minutos más tarde—. A pesar de todo, sir Francis consiguió conservar la mansión, con los terrenos que la circundaban, pero, al cabo de un tiempo de su estancia en la India, necesitó vender parte de esos terrenos.

«Parece ser que precisaba una cierta suma de dinero, para emprender el negocio que, evidentemente, le llevó a la fortuna deseada y ya no le quedaban otros bienes que la casa y el jardín, entonces de tamaño doble al actual. Por tanto, encargó a sus abogados que vendieran dicha mitad, pero entonces, bien por falta de instrucciones concretas o por algún error del topógrafo, el terreno vendido alcanzaba justo a la base de la pared posterior de la mansión Stanrhode. ¿Me vas siguiendo, Hugo?

—Sí, continúa, lo que dices es muy interesante —aseguró el joven, reclinado en un butacón.

—El nuevo dueño, Dalryle Hallburns, hizo edificar también su casa, procurando que fuese lo más parecida a la otra y, puesto que los terrenos eran suyos y quería aprovecharlos al máximo, se aprovechó de la fachada posterior de la mansión, en la que sólo había un par de ventanas y una puertecita, para tomarla por pared medianera. Se asesoró bien y sabía que podía hacerlo, de modo que no encontró objecciones en otras partes.

Años más tarde, sir Francis, nuevamente enriquecido, regresó a Inglaterra y se encontró con la gran sorpresa. Se enfureció, lógicamente, y luego, dándose cuenta de que legalmente no conseguiría nada, intentó pactar con .Hallburns. Pero éste era un individuo tremendamente obstinado y se negó a ceder a las pretensiones del anterior propietario. Sir Francis quería, nada menos, que Hallburns "cortase" un par de metros de su casa, a fin de disponer de cierto espacio en la fachada posterior.

Hallburns —prosiguió la joven— se negó siempre a las pretensiones del anterior propietario. La cosa se agrió y Hallburns, harto al fin, ordenó elevar la alta tapia que has podido apreciar, sin duda, ordenando que la hicieran del grosor que habrás advertido, metro y medio, por lo menos. La base de la tapia está justo en la linde del terreno de sir Francis, de modo que fue él, en todo caso, quien perdió ese metro y medio, pero lo hizo así para no tener que ver la cara a su adversario cada vez que salía al jardín.

—Una historia tremendamente atractiva —calificó Duxley, cuando la

chica se detuvo un momento para respirar—. ¿Qué pasó después?
—No se sabe con certeza. Se supone que los dos hombres
pelearon cuando nadie los veía. Hallburns apareció moribundo en su casa, sin poder hablar, aunque sí escribió el nombre de sir Francis y añadió la palabra «culpable». De sir Francis no se encontró jamás el menor rastro. Desapareció y nunca se le volvió a ver más.
—Y ahí, supongo, termina la historia —dijo Duxley.
—No. Hallburns tenía un hijo, de viaje en aquel momento en Extremo Oriente. Cuando el hijo regresó, se encontró con aquella tragedia. Tenía, más o menos, el carácter de su padre, y juró que no permitiría que nadie habitase la mansión Stanrhode. Y cuando los herederos de sir Francis, unos primos, llegaron a vivir a la mansión, Hallburns hijo, cumpliendo su palabra, los asesinó, pero fue descubierto y, juzgado, condenado a la horca donde acabó sus días. Eso ocurrió hacia mil ochocientos noventa, aproximadamente.
—Si Sherlock Holmes hubiera sido un personaje auténtico, habría descubierto el enigma de la desaparición de sir Francis, sin duda.
—Nadie ha conseguido saberlo jamás. Pero la historia no termina ahí, Hugo.
—¿Cómo? ¿Hay más? —se sorprendió el joven.
Clelia hizo un gesto afirmativo.
—Sí. En los últimos años, han desaparecido misteriosamente algunas personas y yo sospecho que pueden estar en la mansión Stanrhode. Sus cadáveres, quiero decir.
Duxley abrió la boca.
—¿Asesinatos?
--Eso es lo que pienso, Hugo —contestó Clelia.
—¿Por qué?
Ella se envaró repentinamente.
—Cuando se produjeron aquellos horribles sucesos, en la penúltima década del siglo pasado, se rumoreó que existía un pasadizo secreto que comunicaba ambas casas.
—Por tanto, habría medio de pasar de Zealand’s a la mansión, sin que nadie lo advirtiese.
—Exactamente. Y de este modo, Zealand y sus cómplices hacen desaparecer a ciertas personas que les estorban, sin que jamás se vuelva a saber de ellas. Me refiero a jugadores que han ganado una buena suma de dinero, naturalmente.
Duxley hizo un fruncimiento de cejas.
—Por eso me dijiste que no debía ganar más de diez libras —recordó.
—En efecto.
—Bueno, sólo gané unas setenta... Pero no entiendo por qué me cuentas todo eso, Clelia. ¿Qué pueden importarte a ti esas desapariciones?

—Más de lo que piensas, Hugo. Mi hermana Prímula fue
allí, hará cosa de un año, y sé que ganó cosa de once, mil libras. Se la vio entrar en Zealand’s, pero nadie la vio salir.
De pronto, Duxley recordó al hombre alto y sanguíneo que había ganado la víspera cosa de ocho mil libras. ¿Le habría ocurrido algo al sujeto?, se preguntó.
«Si es que la historia que me está contando Clelia es cierta», pensó.
—Muy bien —dijo, sin mostrar verbalmente sus dudas—, Y, ¿qué Dretendes'de mí?
—Ayuda —respondió ella escuetamente.
—¿Ayuda?
—Sí. Anoche interviniste en mi favor, sin demostrar miedo hacia Pottpick y su esbirro. De no haber sido por ti, ahora tendría la cara destrozada. Eso me hace saber que eres un hombre resuelto y decidido, Hugo.
—Gracias, pero estoy aquí por...
Duxley miró a la muchacha y vio en ella cierta decepción, ante la negativa que ya adivinaba.
—¿Por qué no has acudido a la policía? —preguntó.
—Ya fui y buscaron a mi hermana. Llegaron a saber que se había marchado con un amigo, y con las once mil libras que había ganado. Sospecho que fue una impostura, dos empleados de la casa, seguramente hombre y mujer, que emplearon documentación falsa. Incluso llegué a saber el nombre del individuo. Hablé con él y me dijo que Prímula se había cansado de su compañía, despidiéndole en la Costa Azul. Fui allí, indagué por todas partes, pero nadie me supo dar detalles de mi hermana. Y no puedo probar lo contrario,
¿entiendes?
—Si la asesinaron, harían desaparecer su cadáver...
—En la mansión Stanrhode, que está abandonada desde hace muchísimos años.
Duxley se levantó y-dio unos paseos por la estancia. De pronto, se volvió hacia su visitante.
—¿Cómo has sabida encontrarme? —exclamó.
Clelia sonrió.
—Conocía a tu amigo, McElvin. Le llamé por teléfono esta mañana —-repuso.
—He hablado con él y no me ha dicho nada —manifestó Duxley, sorprendido.
—Se Io pedí yo. McElvin accedió, cuando le dije que quería darte una sorpresa... Le di a entender que era una... bueno, figúratelo, Hugo.
—Pero no lo eres.
Clelia se puso encarnada.
—No. Sólo aparentaba el papel, porque hace ya algunas noches que

estoy rondando el Zealand's. Parece que les disgustó mi postura y trataron de disuadirme para que no siguiera molestándoles.
-—Muy bien —dijo él—. Suponiendo que accediera a ayudarte, ¿por dónde empezaríamos?
—¿Qué te parecería una visita a la mansión Stanrhode?
—¿Ahora?
—Por la noche.
—Debe de resultar muy impresionante...
—Yo no tengo miedo a los fantasmas. ¿Y tú?
Duxley emitió una alegre sonrisa.
—No voy a ser menos que tú —contestó—. Escucha, a mediodía tengo que hacer una visita. ¿Por qué no nos reunimos a la hora que me indiques y en el lugar que te parezca más apropiado?

* * *

Se detuvieron frente a la verja que enmarcaba el jardín de la mansión abandonada y lo contemplaron en silencio duran te unos momentos. La noche estaba bastante avanzada y había una notable humedad en el ambiente. De cuando en cuando, grises hilachas de niebla se volvían amarillentas al pasar por las inmediaciones de un farol.
Al cabo de unos segundos, Duxley dijo:
—No es posible que esta casa haya estado abandonada desde finales del siglo pasado o, todo lo más, desde principios del actual. Estaría cayéndose a pedazos y el jardín, aunque se ve muy abandonado, aparecería totalmente cubierto de maleza. Ten en cuenta que son ochenta o noventa años y el edificio ofrece una apariencia bastante buena... Además, aún quedan senderos en el jardín...
—De cuando en cuando, viene alguien a cuidarse del jardín y se da una vuelta por la casa —explicó ella—. Hay un legado en el testamento de sir Francis con este objeto y sus abogados, y la firma que los. sucedió, han cumplido escrupulosamente las condiciones de esa manda. Lo que pasa es que si a principios de siglo cincuenta libras anuales eran casi una fortuna, ahora no dan más que para un par de visitas al año.
—Esa es la suma que dejó el fundador de la casa, ¿eh?
—Figuraba en sus condiciones testamentarias, porque no estaba' seguro de que apareciesen sus herederos. Y éstos murieron antes de tener tiempo de otorgar un nuevo testamento.
—Estás muy bien enterada del caso, Clelia —observó Duxley.
—He pasado más de seis meses, reuniendo informes, ya conoces los motivos. Incluso sé que existe una persona con derecho legal a Ia mansión, aunque nadie conoce su actual paradero, ni siquiera los abogados actuales.

—¿Conoces su nombre?
—No. Cuando fui a enterarme, me dijeron que existía un posible heredero, pero que no podían divulgar su nombre. No comprendo esa actitud…
—Quizá tienen orden del heredero para ocultar su identidad. No olvides que los primeros herederos murieron asesinados.
—Sí, pero el hijo de Hallburns no tuvo descendencia.
—¿Estás segura?
—Ahí ya no puedo afirmar nada rotundamente. Todo esto lo he sabido a medida que investigaba el paradero de mi hermana, pero, como puedes comprender, todavía me quedan muchos datos por conocer. Bien, ¿entramos?
Duxley tocó !a verja.
—Está cerrada —dijo.
Clelia abrió su bolso.
—Yo tengo la llave —manifestó sorprendentemente.
La sacó e, introduciéndola en la cerradura, abrió sin dificultad. Luego se volvió sonriendo a su acompañante, que parecía estupefacto.
—Hace ya algunas noches que merodeo por aquí y, disimuladamente, iba engrasando la cerradura y las bisagras. Por fin, un día contraté a un cerrajero que vino a examinar la cerradura y me hizo una llave. Claro, tuvo que venir a deshoras y me cobró un ojo de la cara, pero valía la pena, ¿no te parece?
—¿Tienes dinero?
—Un poco. Pero no lo gané jugando en Zeaiand’s.
Clelia echó a andar resueltamente por el sendero central, en el que abundaba ¡a maleza, aunque sin obstruir totalmente el paso. Finalmente, llegaron a la entrada, protegida por una gran marquesina, que se veía sustentada por cuatro columnas con capiteles de orden dórico.
—La puerta está cerrada… ¿o también tienes llave?
—No —contestó ella— No pude llegar a tanto. Pero ahí, a ¡a derecha, veo una ventana que nos permitirá penetrar en el interior.
—Espera —dijo Duxley—. Esa ventana da a la calle y, aunque está a más de treinta metros, podrían vernos. Será mejor que utilicemos uña de las laterales.
—De acuerdo.
Dieron la vuelta al edificio y llegaron a las inmediaciones de Ia tapia, cuya altura abrumó a Duxley.
—Dios, qué incomprensión… —se lamentó.
—Stanrhode y Hallburns debían de ser dos tipos de acero puro —comentó la joven—. Chocaron, soltaron chispas y…
Duxley asintió. Tanteó la ventana y, a! ver que no podía abrirla, golpeó un vidrio con el codo. Luego metió la mano por el hueco,

buscó la falleba y así tuvieron el paso franco.
El entró primero y luego se volvió para ayudar a la chica Cuando estuvieron en el interior, Clelia sacó de su bolso dos linternas, una de las cuales entregó a su acompañante.
—Se inicia la aventura —dijo con jovial acento.
De pronto se puso seria.
—No sé cómo tengo tan buen humor —se quejó—. Mi hermana, seguramente, está muerta...
Duxley le dio una palmadita en la espalda.
—¿Quién sabe? Tal vez es cierto que se fugó con aquel tipo y que luego no ha querido regresar jamás al país.
—No, presiento que está muerta. Nunca volveré a verla, Hugo —contestó ella rotundamente.

CAPITULO IV

Había un silencio total en la casa. A la luz de las lámparas, pudieron ver el abundante polvo que cubría el suelo y los escasos muebles que aún quedaban. En las paredes, de las que se desprendía el papel a tiras en muchos sitios, ya no se veian cuadros.

Faltaban candelabros y objetos de adorno.

—Años y años de expolio... —murmuró Duxley.

—Por cincuenta libras al año, se limitan a venir aquí y comprobar que la casa sigue en pie. No se puede pedir más, Hugo —dijo Clelia.

Llegaron al vestíbulo y se dirigieron a las habitaciones posteriores, en donde encontraron las ventanas y la puerta que habían sido tapiadas al construirse la otra casa. Duxley tanteó los huecos, pero el sonido que obtuvo le dijo que allí no había ningún pasadizo.

—Y, sin embargo, las casas se comunican, pero ¿cómo? —exclamó la muchacha.

—Tal vez no es más que una leyenda, Clelia —apuntó él.

Clelia hizo un gesto de duda. Abandonaron aquella zona y subieron al primer piso y luego al ático.

Durante largo rato, examinaron a fondo el interior de la mansión. Restaurada y convenientemente decorada, ofrecería un aspecto sumamente agradable, calculó el joven.

Quedaba en pie el aspecto referente a su tétrica historia, pero los tiempos habían cambiado mucho y los nuevos propietarios ya no harían caso de un drama ocurrido casi un siglo antes. Al fin, Duxley, se percató de que no iban a conseguir nada y sugirió la posibilidad de emprender la retirada.

—De acuerdo —suspiró ella—. Pensé que conseguiríamos algo, pero hemos perdido el tiempo.

—¿Qué esperabas conseguir? —preguntó Duxley.

—No sé. Tal vez... alguna tumba clandestina...

—En el jardín, si acaso.

—Lo he examinado a conciencia durante varios días. No creo que haya ninguna tumba.

—En el otro jardín.

—Ahí ya es más posible, pero ¿cómo saberlo?

—Si no se tiene un mínimo de pruebas, no puedes pedir a Scotland Yard que intervenga.

—Es lo malo del asunto. Teóricamente, mi hermana está viva, pero yo sé que la asesinaron. Cómo y dónde está su cuerpo, es el enigma que deseo resolver.

—Me pediste ayuda, pero no veo qué más puedo hacer, Clelia —dijo el joven—. Si se te ocurre alguna idea...

—No, gracias. Vámonos.

Estaban aún en el primer piso y empezaron a bajar la escalera. Súbitamente, se oyó un extraño sonido.
Era una especie de siseo intermitente, como si alguien abriese y cerrase varias veces una botella de gas comprimido a alta presión. Clelia, asustada, se apretó contra el joven.
—Hugo...
—Calma —recomendó Duxley en voz baja—. No hagas nada y, sobre todo, no grites.
El siseo se repitió varias veces. Luego se oyó ruido de algo que rascaba una madera.
Clelia señaló una puerta.
—Allí —exclamó—. Hay alguien encerrado y trata de salir.
Echó a correr escaleras abajo, pero Duxley la alcanzó y, agarrándola de un brazo, refrenó su marcha.
—Quieta, no seas imprudente —recomendó—. Espera, yo iré a ver quién está allí.
Llegó a! vestíbulo y caminó de puntillas hasta llegar a la puerta sospechosa. Agarrando el picaporte con una mano, levantó la linterna, dispuesto a utilizarla como arma contundente si era preciso.
Clelia enfocó hacia allí el haz de rayos luminosos de su lámpara. Duxley abrió de golpe.
Se oyó un fuerte bufido. Una mancha, blanca y negra, pasó como una exhalación entre las piernas del joven y se perdió por el interior de Ia casa.
Duxley y Clelia se miraron un instante y luego rompieron a reír simultáneamente.
--Era sólo un gato —dijo él.
—¿Por dónde habrá entrado, Hugo?
—Nosotros entramos por aquí, pero cerré la puerta después. Ahora se la dejaré abierta para que pueda salir cuando le apetezca.
Clelia asintió. Minutos más tarde, estaban en la calle.
—No sé qué decirte... —murmuró la joven.
Duxley hizo un gesto con la mano.
—Ahora, vuelve a tu casita y acuéstate. Procura dormir, mañana será otro día.
Clelia se llevó una mano a Ia boca, para ahogar un bostezo.
—Ya es «otro» día —contestó.

* * *

Clelia llegó a su casa la tarde del día siguiente, cargada con algunos paquetes. El conserje, en el vestíbulo, le informó de que le habían enviado un paquete.
—¿Quién? —preguntó !a muchacha.

—No lo sé, no. dio su nombre. Sólo dijo que era obsequio de un admirador... Me permití llevárselo a su apartamento...
—Hizo bien, Gerard.
La mujer de! conserje le hacia la limpieza del apartamento, por ¡o que el hombre disponía de una llave. Entró en el ascensor y, momentos después, divisó el paquete.
Dejó a un lado los que había traído y se acercó a la mesita donde estaba el obsequio. Era una caja bastante grande, cuadrada, envuelta en papel de vivos colores y con un gran lazo de seda.
—¿Qué se le habrá ocurrido a Hugo regalarme? —musitó.-
Porque estaba segura de que era Duxley el autor de! obsequio. Desató el lazo, rasgó el papel de la envoltura y lo apartó a los lados. La tapa de una caja quedó al descubierto.
Levantó la tapa. Inmediatamente, creyó que se le paraba el corazón.
Aun así, el instinto le hizo dar un enorme salió hacia atrás. Se oyó un fuerte silbido y luego, lentamente. la cabeza de una enorme cobra apareció fuera de la caja.
La parte delantera del reptil osciló ominosamente a derecha e izquierda. Luego. la cobra, evidentemente incómoda en su encierro, empezó a deslizarse hacia el suelo.
Clelia retrocedió hasta la pared y se detuvo al chocar contra ella. Con ojos morbosamente fascinados, contempló al reptil, que se había detenido a tres o cuatro pasos, erguido, balanceándose siniestramente, como si se dispusiera a atacar en cualquier instante.
Por un momento, sintió la tentación de escapar, pero había cerrado Ia puerta del apartamento y la serpiente casi le cortaba el paso. De la misma forma, no podía huir hacia ¡as habitaciones interiores.
Durante unos interminables minutos, Clelia y el reptil padecieran estudiarse reciprocamente. Ella buscó algún arma con la mirada, pero no encontró nada que le permitiera intentar una defensa efectiva contra e! ataque de la cobra, que ya no podía tardar en producirse. Gritar tampoco le serviría de nada; el edificio estaba construido a prueba de ruidos, para comodidad de los inquilinos. En aquel mismo momento se abrió la puerta de golpe.
—¡Clelia! —exclamó Duxley—, ¿Por qué no contestas...?
El joven se interrumpió de inmediato. La cobra movió la cabeza agresivamente, al ver llegar a un nuevo enemigo. Sus silbidos se hicieron más intensos.
Duxley comprendió en el acto la situación de la muchacha y extendió una mano.
—Quieta, no te muevas. No hagas nada —aconsejó a media voz.
Miró a derecha e izquierda, buscando como ella, un arma y, de pronto, vio algo que le pareció adecuado para la situación.
A la derecha dé la puerta habla un paragüero. Agarró el primer

paraguas que encontró a mano y lo abrió bruscamente, justo cuando la cobra lanzaba su primer ataque.
Los colmillos mordieron la seda furiosamente. Duxley empujó el paraguas hacia adelante. El reptil cayó al suelo y se revolvió coléricamente.
—¡Clelia, escapa! —gritó.
La cobra parecía haber enloquecido. Mordía con saña, rasgando la tela, de tal modo, que Duxley pudo ver algunas minúsculas gotitas de liquido oscuro, que habían brotado de aquellos mortíferos colmillos. Sudando copiosamente, pero resuelto a llegar hasta el final, trató de acorralar a la fiera serpentina contra uno de los rincones.
El animal caía y se levantaba constantemente, pero si amenazaba con destrozar Ia fina seda, no podía dañar al varillaje y esto fue lo que la empujó inexorablemente hacia atrás. Al fin, Duxley consiguió situarla en el lugar apropiado.
Aflojó un poco. La cobra irguió más de la mitad de su cuerpo. Mirando por encima del borde del paraguas, Duxley tomó impulso y se lanzó a fondo.
La punta atravesó el cuerpo del reptil, en la base de la cabeza. Duxley mantuvo la presión firmemente durante un buen rato, hasta que advirtió que cesaban por completo los movimientos de la cobra. Entonces llamó a la muchacha.
—¡Ya puedes salir, Clelia!
Ella apareció en el umbral del dormitorio, terriblemente pálida. Vio el inmóvil cuerpo de la serpiente en el suelo y creyó que iba a desmayarse.
—Necesitas una copa —dijo él.
Más tarde, repuesta en parte, Clelia le miró agradecida.
—No sé cómo has podido llegar tan oportunamente —manifestó—. Me has salvado la vida, pero, ¿cómo supiste que estaba en un apuro?
—Yo no sabía nada. El conserje me dijo que estabas en casa, subi y llamé, pero me extrañó que no contestases.
—No oí ninguna de tus llamadas. Creo que en aquellos momentos sólo me quedaba el sentido de la vista.
—Es posible.
—Pero también podía estar en el baño... —No, no había pasado el tiempo suficiente para que llenases la bañera. En todo caso, te habrías levantado para abrirme.
—Supongo que debía de ser así —suspiró ella—. Hugo, ¿quién me envió ese animal tan mortífero?
—¿A quién estorbas, Clelia?
La joven guardó silencio unos momentos.
—Estorbo a los que asesinaron a mi hermana —dijo al cabo.
—Si los conoces...

—Hallburns —nombró la chica.
—¿Seguro?
—Prímula ganó once mil libras, Hugo.
—No es una prueba suficiente. Tienes que conseguir más información.
—Ahora me será imposible, Hugo.
—¿Por qué?
—Salgo fuera de Londres. Pasaré dos semanas en casa de una amiga. Hace tiempo que me invitó y ha insistido varias veces. Ya no puedo retrasarlo más y, si Prímula está muerta, no importan dos semanas más o menos.
—Es curioso —sonrió él— Yo también venía a despedir me de ti.
—¿Vuelves a Estados Unidos?
—Oh, no. tengo que viajar a Roma y Atenas. Negocios, ¿sabes? También estaré fuera de Londres dos semanas, salvo que despache antes, cosa que procuraré hacer.
—¿Nos veremos a la vuelta?
—Claro. Déjame tu dirección; así podré ponerme en contacto contigo.
—Desde luego.
Clelia lanzó una mirada hacia el inmóvil reptil.
—¿Quién lo habrá mandado? —repitió.
—Ahora vete de Londres y descansa tu mente de estas preocupaciones —aconsejó él—. Mira a ver si tienes un saquete a alguna bolsa vieja y me encargaré de librarte del cadáver de la cobra.
Lanzó una mirada al paraguas y meneó la cabeza.
—Te compraré uno nuevo —añadió.
—El gasto corre de mi cuenta —dijo Clelia.
—Cuidado con la tela. Tiene gotas de veneno. Usa guantes para cortarla y quémala en la chimenea.
—Así lo haré, Hugo —prometió la muchacha.

CAPITULO V

Regresó antes del plazo señalado y como sabía que Clelia sólo tardaría uno o dos días en llegar, decidió acercarse a Zealand's, con el fin exclusivo de echar una ojeada al garito, porque, aunque fuese un establecimiento de gran fama y rebosante de lujo, para él no era sino un garito, donde se desplumaba a los incautos, aunque a algunos se les permitiera ganar módicas cantidades. Poco después de las diez de la noche, convenientemente vestido, entraba en la casa de juego.

Fue primeramente a la mesa de ruleta y perdió veinte libras. Al cabo de un rato, sintió que le tocaban en el hombro.

—Ha venido a repetir su suerte, señor Duxley.

El joven se volvió.

—Así parece, señor Zealand —admitió.

—¿Podría hablar un momento con usted? —rogó el sujeto.

—Claro.

Los dos hombres se separaron un poco de la mesa. Zealand dejó de sonreír.

—Le agradecería recogiera sus fichas y abandonase mi casa —dijo.

—¿Por qué?

—Usted no es persona grata aquí, señor Duxley; eso debe serle suficiente.

—Ah, sin duda se refiere usted al incidente que ocurrió hace días, cuando un sujeto sin conciencia quería cortar la cara de una joven.

—Sólo pretendía intimidarla, para que dejase de merodear por las inmediaciones de esta. casa. Me precio de sostener un establecimiento respetable y no me gusta que las golfas de a diez peniques la hora se paseen por delante de la puerta de mi casa.

—Está bien, puesto que es el dueño, me iré. Sin embargo, me gustaría hacerle una pregunta como despedida.

—Hágalo y márchese inmediatamente —contestó Zealand con sequedad.

—¿Dónde está Prímula Brown?

El rostro de Zealand se tornó repentinamente del color de la langosta cocida. Apretó los puños y Duxley llegó a creer que la iba a emprender a puñetazos con él.

—Lárguese —dijo Zealand con voz sibilante—. Lárguese —repitió.

En aquel momento, se oyó un grito unánime, con el que muchos de los asistentes quarían expresar su admiración por algo que había sucedido. Duxley oyó comentarios acerca de las ganancias de un jugador.

—¡Un pleno de doce mil libras! —exclamó alguien.

Duxley se dio cuenta de que Zealand seguía mirándole. El sujeto no había cambiado de opinión. Duxley hizo un encogimiento de hombros

y dio media vuelta.
De pronto, oyó una voz furiosa.
—¡No, él no pudo hacerme eso! —dijo una mujer.
—Lo siento, señora, pero es la verdad... —contestó un hombre.
—Ese cerdo... —se quejó ella.
Duxley volvió la cabeza un poco. Un empleado, de alta categoría, al parecer, acompañaba a una espectacular rubia, que parecía muy furiosa. Duxley la reconoció en el acto.
—Aquí ha sucedido algo raro y yo pienso averiguarlo —declaró ella, sin abandonar ni por un instante su actitud ofendida—. Señor Blunt, no crea ni por un momento que me he tragado la fábula que me han contado.
Taconeando vivamente, la rubia se encaminó hacia la salida, acompañada por el empleado. Duxley caminaba detrás. Cuando llegaban a la puerta, ella giró en redondo.
—Lo ignoro, señora Drake —contestó el otro, impertérrito.
—Ganó ocho mil libras aquella noche. No he vuelto a verle desde entonces.
Blunt acercó la boca al oído de la mujer y le dijo algo. -Ella se revolvió furiosa y fue a pegarle una bofetada, pero Blunt, más rápido, agarró la muñeca y la retuvo con fuerza.
—Vete, zorra —dijo sibilantemente—. Vete de aquí y cierra el pico. Y no se te ocurra volver más o te rajaremos la cara.
Duxley oyó aquellas palabras y se sintió tentado de intervenir, pero decidió abstenerse por el momento. Haría algo mucho más interesante y, con toda seguridad, más efectivo.
Apreció miedo en los ojos de la rubia, a la que había oído llamar señora Drake. Caminó detrás de ella y la alcanzó cuando, en la calle, se disponía a llamar a un taxi.
—Señora Drake...
La rubia se volvió furiosamente.
—¿Qué es lo que quiere? —exclamó con acritud.
—Hablar con usted. Por casualidad, he oído parte de la conversación que sostenía con un tal Blunt. Parece que echa de menos a una persona, ¿no es así?
Ella le escrutó penetrantemente durante unos segundos.
—Me parece que nos hemos visto antes —dijo.
—Gané un pleno de setenta libras hace más de dos semanas. Usted estaba a mi lado, aguardando al hombre con quien había llegado acompañada. Un empleado le dijo que podía volverse a su casa y que el señor Greenlake, creo que se llamaba asi, se reuniría con usted más tarde. ¿Me equivoco?
—Es cierto —admitió la señora Drake—, Pero ¿adonde quiere ir usted a parar?

—Es un asunto que nos interesa a ambos —sonrió el joven—, Me llamo Hugo Duxley y le ofrezco mi coche para llevarla a su casa o adonde mejor le parezca. Asi podríamos hablar con más tranquilidad del asunto, señora.
La rubia pareció meditar un momento y, al fin, acabó por asentir.
—De acuerdo. Usted parece hombre de confianza, señor Duxley. Iremos a mi casa y tomaremos allí una copa.
—Gracias, señora. Haré que vayan a buscar el coche. Puede llamarme Hugo, si no tiene objeción.
—Mi nombre es Polly —rió ella.

* * *

Enormemente satisfecho, Grattan Kent siguió a! empleado que le conducía a las oficinas de la casa de juego. El hombre abrió la puerta de un despacho, entró con la bandeja rebosante de fichas y se acercó a la mesa tras la cual se hallaba el director adjunto.
—Señor Pottpick. el señor Kent ha ganado doce mil libras —informó.
Pottpick se puso en pie.
—¡Qué suerte tan espléndida! —exclamó—. Le confieso, señor Kent. que hay veces en que me gustaría no ser empleado de la casa, para así poder tentar la fortuna en alguna de las mesas de juego.
—Sí, resultaría interesante —contestó Kent riendo.
—Siéntese, por favor; recontaré las fichas y le extenderé un cheque. Sandy, puede retirarse.
—Bien, señor contestó el esbirro.
Pottpick se acercó a una mesa bien provista de licores.
—Mientras, me aceptará una copa, supongo.
—Sí, con mucho gusto. Las emociones le dejan a uno la boca seca —repuso Kent. exultante de satisfacción, porque había hecho una serie de jugadas que no se conseguían todos los días.
Pottpick manipuló con un par de botellas y luego entregó ¡acopa a su cliente. Kenfla despachó de un trago.
—Muy bueno —dijo—. ¿Podría repetir?
—Claro, sin inconveniente.
Kent bebió la segunda copa con algo más de mesura. Un minuto después, sin embargo, su cabeza se dobló sobre el pecho y se deslizó lentamente desde la butaca al suelo.
Pottpick tocó un timbre. Sandy Olson entró a los pocos momentos.
—¿Ya? —dijo el sujeto.
—Sí. Anda, carga con él. Llévalo... allí.
—Si, señor.
Olsen se inclinó y levantó el cuerpo inconsciente de Kent. Pottpick cruzó la estancia y cerró la puerta con doble vuelta de llave. Luego

regresó a su mesa de despacho, pero, en lugar de sentarse tras ella, agarró con ambas manos un cuadro que había detrás y tiró ligeramente de él hacia un lado.
Un lienzo de pared giró silenciosamente, dejando a la vista una negra abertura, por la que entraron los dos hombres sucesivamente, Olsen siempre con Kent a cuestas. Recorrieron un corto pasillo y se encontraron en una estancia muy pequeña, desprovista de muebles, salvo una mesa, que parecía de cocina y que estaba situada en el centro.
—Déjalo aquí —ordenó Pottpick—. Luego volveremos.
—¿No se despertará antes? —dijo Olsen, aprensivo.
—Los efectos del narcótico duran de cuatro a seis horas —contestó Pottpick significativamente.
Regresaron por el mismo camino. Pottpick quedó en su despacho. Olson salió, buscó a Zealand y, desde lejos le dirigió una mirada de inteligencia. Zealand contestó con un imperceptible movimiento de cabeza.
De pronto, se le acercó un individuo.
—Oiga, ¿ha visto al señor Kent? Fue a cambiar unas fichas...
—Lo siento, señor Squint —respondió Zealand—. El señor Kent se ha marchado ya. Nos pidió que le ayudáramos a salir sin que nadie le viera. Suele ocurrir cuando alguien gana una elevada suma en esta casa y tenemos una salida discreta para casos semejantes.
—¿Temía que le robaran? Si iba a cobrar con un cheque...
—El señor Kent sospechaba que le iban a pedir que celebrase su buena fortuna y quería evitar lo que podríamos llamar... un pequeño tumulto.
—Oh, quizá sea asi... Gracias, señor Zealand.
El dueño de la casa de juego se inclinó.
—A usted, señor Squint —respondió cortésmente.

* * *

Polly arrojó la capa de pieles sobre una butaca y continuó andando.
—Voy a retocarme un poco —dijo—. Sirve un par de copas tú mismo, Hugo.
El joven asintió. Durante el trayecto, habían conversado acerca del tema que preocupaba a ambos, intercambiando opiniones y noticias oídas sobre el particular. Duxley estimaba conveniente continuar el diálogo en el bien montado apartamento de la rubia.
Podía imaginarse fácilmente a qué se dedicaba Polly, pero se lo iba a reprochar. Era hombre de talante liberal y comprensivo con las actitudes de los demás, siempre que no causaran daño a otros.
Polly llegó momentos después, anudándose el cordón de una

espectacular bata de encajes. Se había soltado los cabellos y Duxley pudo apreciar que el color rubio se debía mucho a la química, pero el pelo procedía de un frondoso donativo de la madre naturaleza.
—Tu copa —sonrió.
—Ven, siéntate a mi lado —invitó ella, dirigiéndose hacia el enorme diván que había en uno de los lados de la estancia.
Tomaron unos sorbos. Luego, Duxley volvió al tema principal.
—Estábamos hablando de las cosas que suceden en Zealand's. ¿Qué sabes al respecto, Polly?
—Rumores, murmuraciones, nada en concreto, pero, también, nada favorable al dueño y a sus esbirros.
—¿Esbirros?
—Es la palabra exacta, Hugo. He ido allí en más de una ocasión y no siempre con David. Zealand es el dueño, pero tiene un segundo de a bordo que da miedo con sólo mirarlo. Se llama Pottpick y parece la persona ideal para interpretar aquel drama que se titulaba Nuestra Señora de París. Pero Quasirnodo, pese a su fealdad, era bueno. Pottpick es un demonio.
—¿De veras?
—Te mira y sientes que la sangre se te convierte en hielo. Luego están Jared Blunt, teóricamente jefe de personal, y Sandy Olson, el hombre para todo. Creo que esos cuatro forman una banda temible.
—Pero no hay pruebas de que hayan hecho desaparecer a Greenlake —argüyó Duxley.
—Estoy segura de que lo hicieron muy bien—, Polly suspiró y su vasto pecho se dilató increíblemente—. Mira, no me hacía ilusiones con David, porque está casado, pero tenía la seguridad de que nuestro asunto iba a durar una buena temporada. El dinero apenas le hacía falta y cuando vio que ganaba, me prometió Ia mitad de las ganancias. —Hizo un ademán y añadió melancólicamente—: Cuatro mil libras convertidas en humo.
—¿También David?
—Si pudiera probarlo...
—Polly, voy a preguntarte una cosa. Quizá sepas algo, puesto que parece eres asidua del Zealand’s.
—Lo era —rió ella—. Esta noche me han indicado con no muy buenos modales que no vuelva más por allí. ¿De qué se trata, Hugo?
—¿Conociste tú a una muchacha llamada Prímula Brown?
Polly pareció concentrarse en sus pensamientos. Al cabo de unos momentos, chasqueó los dedos.
—Sí, la recuerdo —contestó—. Iba con cierta frecuencia a jugar allí. Una noche tuvo la racha... pero ya no he vuelto a verla más.
—Tengo entendido que se fugó con un alto empleado de la casa. Robin Wharthon...

—¿Wharton? —repitió ella—. Pero, ¡si es Blunt!
—¿Usa dos nombres? —exclamó Duxley, sorprendido.
—Lo conocí hace años. Entonces se llamaba Robin. Wharton, pero fue a parar a la cárcel, acusado de estafa. Cuando volví a verle, hará poco más de un año, se hacía llamar la red Blunt. Hugo, esa chica no se fugó con Wharton-Blunt. La asesinaron, para no tener que pagarle las ganancias conseguidas.
Duxley se mordió los labios pensativamente.
—Es raro que Scotland Yard no haya intervenido, si se sospecha que hay tantas personas desaparecidas —observó.
—Deben de hacerlo muy bien, porque no existen pruebas de ninguna clase. Tú y yo lo sospechamos, y tal vez algunos otros también, pero ninguno nos atrevemos a ir con 'el cuento a la policía, porque no disponemos del menor indicio que pueda confirmar nuestras sospechas.
—Es cierto —convino el joven—. Bueno, seguiré investigando.
—Pero no ahora —rió Polly.
Duxley la examinó criticamente. Había cruzado ya la barrera de los treinta años, pero era una mujer muy hermosa.
—Mañana, por ejemplo.
Polly se puso en pie y le tendió una mano.
—Sí, mañana será otro día —sonrió—. Ven...
Cuando despertó, a la mañana siguiente, Polly vio a Duxley que terminaba de vestirse.
—¿Te vas, Hugo?
—Volveremos a vernos —prometió él—. Sé discreta, no vuelvas más por Zealand's y ten la boca sellada.
—Sí. cariño.
De pronto, Polly vio un billete sobre la almohada, a la cual estaba sujeto por un alfiler. La cifra 100 campeaba en los lugares correspondientes.
—Oh, Hugo —dijo, enternecida—. Es demasiado...
—Quisiera poder darte mucho más. Es sólo una mínima compensación por todo lo que me has dado tú —Duxley se inclinó para besarla—. Una compañía muy agradable y unos informes sumamente interesantes. Adiós, hermosa.
—Hasta la vista, querido.

CAPITULO VI

Grattan Kent yacía aún inconsciente, cuando los dos hombres volvieron a entrar en el cubículo, inmediatamente, se aplicaron a la tarea de despojarle de todo objeto metálico que pudiera llevar sobre si.

El reloj de pulsera, una pluma de oro, un cortaplumas, un mechero de plata con brillantes, y una valiosa sortija, con un diamante de cinco quilates, pasaron a manos de los dos individuos. Olson vio la sortija y sus ojos brillaron aún más que el diamante.

Con gran habilidad, consiguió que pasara a su poder. Conocía a alguien que sabría apreciar su valor y correspondería cálidamente a su obsequio. Blunt, a su lado, no advirtió la maniobra.

La billetera de Ken¡ fue examinada minuciosamente. Blunt soltó uña risita al ver su contenido.

—El tipo venía bien provisto —dijo—. Dos mil libras.

—Dame ese dinero —sonó de pronto la voz de Pottpick.

—Si, señor —contestó Blunt.

—Estáis perdiendo demasiado tiempo. Ese tipo ya debería de estar abajo.

—Sí, señor, ahora mismo...

Olson agarró dos de las esquinas de la mesa y tiró a un lado. La mesa y el suelo giraron en silencio, dejando a la vista un hueco, del que arrancaba una escalera, que se perdía en lo profundo de la casa.

—De prisa, de prisa; se le están pasando los efectos del narcótico —exclamó Pottpick.

Kent empezaba ya a rebullir. Blunt y Olson cargaron con el sujeto y descendieron casi a la carrera. Momentos después, regresaban a la habitación. La mesa volvió a quedar en su postura habitual.

Entonces, Pottpick fue hacia un punto en la pared y abrió un panel, apenas visible. Dio media vuelta a un interruptor y observó las indicaciones de una esfera de control. Luego bajó una palanca.

La aguja de la esfera indicaba una presión atmosférica normal. Lentamente, empezó a inclinarse hacia la izquierda.

Las cifras eran cada vez más bajas, pero Pottpick paró el mecanismo, ames de que la aguja llegara al límite.

—¿Por qué no seguir hasta el fin? —preguntó Olson.

—Eres un imbécil —dijo Pottpick—. No podemos hacer el vacío absoluto porque, en primer lugar, la maquinaria no está preparada para ello y, en segundo, correríamos el peligro de implosión...

—¿Implosión? —dijo el sujeto, con una cara de tonto imponente.

—Estallido hacia adentro, lo mismo que sucede cuando lanzas una bombilla eléctrica al suelo o explota la pantalla de un televisor. En este caso, es suficiente dejar una presión semejante a la que hay a

nueve mil metros de altura.
—Como en la cima del Everest.
—Si, aproximadamente.
Callaron un rato. Pottpick tenía la vista fija en su reloj de pulsera. Casi quince minutos más tarde, cerró el contacto.
—Ya está —dijo—. En el mejor dé los casos, no puede vivir ya mucho más.
—Para él, en el peor de los casos —rió Olson siniestramente.
Luego metió la mano en el bolsillo y tocó la sortija. Pottpick solía quedarse con todo objeto de valor, pero esta vez le iba a dar un buen chasco.
Y alguien se lo agradecería infinitamente.

* * *

Llamó a la puerta y esperó unos momentos. Al fin, pudo contemplar a Clelia, que apareció ante sus ojos, radiante de frescura juvenil.
—Estás preciosa —dijo él.
Clelia se esponjó.
—¿De veras lo crees así?
—Si quisiera mentirte, emplearía palabras aún más grandilocuentes, ditirambos en cantidad y elogios llenos de adjetivos. Con decir preciosa, es suficiente.
—Eres un muchacho encantador --dijo Clelia—. Pasa, Hugo.
—Ya voy por los treinta años. Lo de muchacho quedó atrás.
—¿Qué tal está tu corazón, Hugo?
—Magnifico.
—Entonces, eres un muchacho. ¿Té o café?
—Café.
—¿Al estilo de Texas?
Duxley hizo un gesto de sorpresa.
—¿Cómo lo sabes?
—Mi amiga te conoce, aunque no sea más que de nombre. Tienes un rancho con diez mil reses, más o menos, y unos doce o catorce pozos petrolíferos. ¿Me equivoco?
—Aciertas —sonrió él.
—Y por eso tienes el rostro tan agradablemente tostado, porque te pasas Ia vida al aire libre. Sí, señor, haré el café al estilo de Texas: bien cargado, hasta que una herradura limpia flote en él. Entonces, será café de verdad.
Duxley se echó a reír. Era una muchacha encantadora, se dijo.
Clelia volvió minutos más tarde con la bandeja en las manos. Después de unas cuantas frases banales, volvieron al tema que ambos habían evitado mencionar hasta el momento, pero que, sin embargo, sabía les

unía de alguna manera.
—Tengo noticias para ti —dijo él.
—¿Acerca de Prímula?
-Sí.
Duxley le relató todo cuanto había oído a Polly. Sin embargo, se abstuvo de comentar ciertos detalles de la entrevista con la exuberante rubia.
—Entonces, esa mujer opina también que Prímula pudo morir asesinada --dijo ella pensativamente.
—Después de haberla oído, yo también lo creo así, Clelia.
La joven meditó unos instantes.
—Hugo —dijo al cabo—, ¿qué tal si sorprendiéramos a Blunt?
--¿Cómo? —preguntó él.
—Bueno, podríamos llevarle a algún sitio donde nadie nos escuchase... y apretarle las clavijas, como suele decirse.
—Habría que buscar la ocasión... y el lugar.
—De lo segundo, yo puedo encargarme, Hugo. Tengo una casita en el campo y en esta época no hay gente en la vecindad.
—Bien, si encontramos la ocasión... pero no soy hombre capaz de torturar a nadie.
—Un poco de psicología serviría tanto como un hierro al rojo vivo —sonrió Clelia.
—Es posible —convino él—. Bien, habrá que buscar esa ocasión. Confiemos, además, en que Blunt sea el eslabón más débil.
—¿Por qué?
—Lo que está sucediendo en Zealand’s no es cosa de un solo hombre, sino de varios. Y en un asunto semejante, cuando lo ejecutan varias personas, siempre hay una proclive a flaquear con más facilidad que sus compinches.
—Está muy bien pensado —elogió Clelia—. ¿Te parece que nos turnemos en una vigilancia de Zealand’s?
Duxley reflexionó' durante unos segundos. A! fin, asintió:
—Sí, lo haremos así, a partir -de mañana. Yo empezaré el primer turno, desde las ocho de la mañana, aproximadamente. Puesto que no sabrás dónde estoy, coiiipraiemos dos transmisores portátiles de radio, de los que se emplean corrientemente en las obras de construcción. Ya sabes, el capataz quiere dar órdenes a los que están arriba...
—Entiendo, es una buena idea. Los he visto también en las autopistas y hasta en explotaciones agrícolas.
—Los compraremos esta misma tarde. Ah, otra cosa. Ya sé dónde consiguieron la cobra.
Clelia sintió un escalofrío.
—No me hables más de ese reptil...
—He estado indagando dos días en las tiendas de animales de

Londres. Ha sido una labor agotadora, pero, al fin, encontré una donde hay toda clase de bichos exóticos. Vi unas tarántulas que ponían ¡os pelos de punta, escorpiones gigantescos... y serpientes venenosas.
—Pero ¿cómo puede la gente dedicarse a vender esos pequeños monstruos? —se espantó la muchacha.
—Hay muchos laboratorios que los solicitan; centros educativos y demás. Si quieres montar un acuario con media docena de pirañas, te acompañaré a esa tienda...
—¡No, por Diosí —dijo Clelia, horrorizada—. Si casi ni me gustan los perros ni los gatos, y no voy a tener en casa uno de esos espantosos bichos. Bueno, ¿qué te dijeron?
—El nombre del laboratorio, para el cual, aparentemente, fue comprada la cobra, es imaginario. El comprador dijo llamarse Jones. Por la descripción, calculo que es Pottpick,
—El ayudante de Zealand.
—Sí, el mismo.
—¿Qué descripción te hicieron de ese sujeto?
—Dijeron que parecía... Quasimodo, ya sabes, El jorobado de Nuestra Señora de París.
—Le cuadra perfectamente —dijo Clelia muy sería.

* * *

Duxley oyó ¡a señal de llamada de' la radio y acercó el transmisor a sus labios.
—Hugo —dijo.
—Clelia —habló ella—. ¿Dónde estás?
—En el jardín de la mansión Stanrhode. Ven cuándo quieras.
—¡Hugo! ¿Has. entrado ahí... en pleno día? —se asombró la muchacha.
—No te preocupes —sonrió él—. La verja está cerrada, pero no con llave. Cuando entres, ve hacia el rincón del lado sur. Es el sitio donde hay más follaje.
—Muy bien. Espero que no acabemos en la cárcel.
—No te preocupes, nadie nos dirá nada, preciosa.
Diez minutos más tarde, Clelia alcanzaba el lugar indicado. Llena de asombro, divisó un andamio hecho de trozos de tubos mecanizados, a cuya plataforma, situada a cuatro metros del suelo, se accedía por una escalera de peldaños también metálicos.
Entre el andamio y el resto del jardín, había un corpulento tilo que lo ocultaba a las vistas ajenas. Clelia observó que Duxley se hallaba junto a un extraño aparato situado sobre un trípode.
Duxley alargó la mano para ayudarla a subir los últimos escalones.

Ella no se había recobrado todavía de la sorpresa recibida.
—Estoy pasmada —confesó—. ¿Qué es ese chisme, Hugo?
—Un anteojo binocular, igual que los que usan los militares en la guerra o en las maniobras —contestó él—. Se asoma el objetivo por fuera del borde de la trinchera, y así se explora el campo enemigo sin peligro.
—Desde aquí, sin embargo, no puedes ver la fachada del Zealand's.
—Es cierto. Por eso me he situado en este punto, ya que, aunque sea oblicuamente, puedo apreciar gran parte del jardin del otro lado y, sobre .todo, dado el punto de vista, más de la mitad del sendero central. Por tanto, estamos en situación de ver a toda persona que entre y salga de la casa.
—Es muy inteligente —admitió Clelia—, Pero el andamio.. .
—Oh, lo trajo una furgoneta y unos operarios se encargaron de montarlo.
—¿No hicieron preguntas?
—Sí, pero se las contesté con unos cuantos billetes —rió él.
Clelia meneó la cabeza.
—Si actúas así en tu rancho, no me cabe la menor duda de que conseguirás un éxito tota!. Bueno, es mi turno de vigilancia. ¿Hasta qué hora, general?
—Voy a buscar un termo con café y bocadillos —dijo Duxley—. Tenemos tiempo hasta el atardecer. Entonces, si no ha pasado nada, nos marcharemos; es de suponer que Blunt no salga ya de la casa.
—Conforme. Hasta luego, Hugo.

* * *

Tuvieron que pasar cuatro largos y tediosos dias, hasta que consiguieron su objetivo.
Eran las once de la mañana, cuando Blunt salió de la casa, con paso normal y un aspecto perfectamente natural. Dio unos pasos por la acera y, de pronto, oyó una voz a sus espaldas.
—Blunt, no se vuelva. Siga andando con tranquilidad. Si hace el menor gesto sospechoso, le partiré ei espinazo de un tiro.
El sujeto se estremeció.
—¿Quién es usted? —preguntó.
—Eso no le importa. Haga lo que le digo o puede considerarse hombre muerto.
Blunt tragó saliva. Sintió deseos de echar a correr, pero se contuvo, pensando en que las balas eran más rápidas que las piernas. Al fin, rompió la marcha, seguido por aquel desconocido.
Sentíase muy aprensivo. Zealand le había embarcado en una aventura muy productiva, pero también harto peligrosa. Claro que, se dijo,

aquel sujeto no parecía policía. Tal vez algún competidor.
Empezó a notar una mejoría en su ánimo. Se consideraba un tipo duro. No hablaría, decidió finalmente.
—En ese coche —le indicaron de pronto—. Entre, siéntese y piense que Ia cerradura de la otra puerta está bloqueada.
Blunt obedeció sin rechistar. Tras el volante había una mujer, con el pelo recogido y los ojos ocultos por unas gafas de color. Llevaba guantes y sus ropas tenían mangas largas, por lo que no pudo apreciar más detalles de la conductora.
El coche arrancó de inmediato. Blunt volvió la cabeza y reconoció a su secuestrador.
— Usted! —exclamó.
Impasible, Duxley le tendió un frasquito de metal, ya destapado.
—Tome un trago —ordenó.
Blunt meneó la cabeza.
—No.
—Escuche, sólo quiero narcotizarle —dijo el joven. Le enseñó una pistola de pavorosas dimensiones—. ¡Pero si no toma un trago, juro que le destrozo las tripas aquí mismo!
Blunt se aterró. La expresión de Duxley le llenó de pánico.
—Dé… déme el frasco…
Momentos después, doblaba Ia cabeza sobre el pecho. Sentía una laxitud infinita; no había perdido el conocimiento por completo, pero sus pupilas eran incapaces de retener las imágenes y carecía de fuerzas en absoluto.
Transcurrió un tiempo que no supo calcular. De pronto, se encontró con que estaba sobre los hombros de Duxley. Momentos más tarde, notó que lo descargaban sobre un diván.
—Haré café —dijo Clelia.
—No. Bastará con una jarra de agua —recomendó Duxley.
El líquido casi helado despejó la mente de Blunt. Cuando volvió a la normalidad, divisó la pistola que le encañonaba desde un par de pasos de distancia.
La mujer tenía una caja de cartón en las manos. Había algunos orificios en los laterales de la caja y dentro se agitaba algo con ominosos ruidos.
—¿Empezamos a hablar, Blunt? —sonrió Duxley—. ¿O prefiere que le llame Robin Wharton?

CAPITULO VII

Los ojos del sujeto se dilataron.
—¿Cómo se ha enterado...?
—No nos hemos quedado quietos —sonrió Duxley.
—Y sé que fue usted el que dijo se había ido con mi hermana a Francia, pero eso no es verdad —añadió Clelia con vehemencia.
—¿Puede probar lo contrario? —dijo Blunt, desafiador.
—Volvamos al nombre —propuso Duxley—, ¿Wharton o Blunt?
—El segundo, Wharton era falso.
—Cumplió condena con esa identidad...
Blunt se encogió de hombros.
—No tenía ningún interés en decir la verdad.
—Claro, después le ha resultado muy útil recobrar el nombre auténtico. Blunt, dígame, ¿qué hacen con las personas que ganan cantidades excepcionalmente altas en el Zealand's?
—No sé de qué me está hablando —contestó el hampón, con singular frialdad.
Duxley se volvió hacia la muchacha.
—Empieza a recobrarse —dijo.
—Eso parece —convino Clelia.
—Pero tengo aquí una pistola...
Blunt se echó a reír
—Usted no se atreverá a tirar de gatillo —dijo desdeñosamente.
—Es posible, pero no esté tan seguro de que no le pegue un tiro, si me hace perder la paciencia.
—Hugo, quizá haya otro método para conseguir que este despreciable sujeto despegue la lengua —exclamó la muchacha.
—Es verdad, lo habia olvidado —sonrió Duxley.
—¿Me permites, Hugo?
Duxley hizo un gesto lleno de galantería.
—Su turno, señora —dijo.
Clelia avanzó un par de pasos y se situó con la caja a menos de un metro del prisionero. Su mano izquierda, enguantada, estaba sobre la tapa y la caja aparecía inclinada, casi vertical, de modo que, si la abría, su contenido caería indefectiblemente sobre Blunt.
—Amiguito, alguien compró en cierta tienda donde venden toda clase de animales una cobra y me la envió a casa —dijo Clelia tranquilamente—. A mí me dio el capricho de comprarme uno de esos bichitos, pero no sabía qué hacer con él, hasta que se me ocurrió que podría emplearlo con usted. ¿Le agradaría que le lanzase a la cara una tarántula venenosa?
El rostro de Blunt se puso lívido.
—Usted no se atreverá...

—¡Hable! —pidió ella, inflexible.
—¿Dónde está Prímula? —preguntó Duxley.
—¿Qué ha sido de Greenlake?
—¡Conteste, Blunt!
—Suéltelo o le suelto la araña.
Blunt sudaba a chorros. Levantó una mano, se la pasó por el cuello de la camisa y boqueó en busca de aire.
Clelia movió ligeramente la tapa. Lo que había dentro de la caja se agitó siniestramente.
—¡No! —chilló Blunt, totalmente desmoralizado—. Deje quieta esa maldita araña. Se lo contaré todo…
Duxley y la muchacha cambiaron una silenciosa mirada de satisfacción. Luego, él hizo un ademán.
—Adelante, Blunt.
En aquel instante, se oyó un leve silbido.
Blunt emitió un quejido, a la vez que se llevaba la mano izquierda al cuello, en el que había aparecido un dardo emplumado, el cual se veía profundamente clavado en la carne. Duxley y la muchacha se quedaron estupefactos, incapaces de reaccionar durante unos segundos.
Blunt aulló como una fiera mortalmente herida. Tiró del dardo, pero no consiguió arrancarlo al primer intento. Hizo un nuevo esfuerzo y el proyectil salió, seguido de un violento chorro de sangre.
Clelia retrocedió, acometida por violentas náuseas. Blunt pataleó espantosamente. Duxley se dio cuenta de que el dardo-se le había clavado en la yugular.
Arrojándose sobre el sujeto, trató de contener la hemorragia, pero pronto se dio cuenta de que todo seria inútil. Los movimientos de Blunt se hicieron más lentos en pocos segundos.
Todavía con las manos en su cuello, Duxley miró a través de las ventanas que había al otro lado del diván. Un hombre, vestido con impermeable, cuyo cuello aparecía subido, y sombrero calado hasta las cejas, corría hacia un coche estacionado fuera de la casa.
El individuo, aunque se moría rápidamente, tenía ciertas dificultades para mover las piernas. Duxley apreció también que tenía el cuerpo un tanto ladeado hacía la derecha.
Luego bajó la vista y se estremeció. La punta del dardo tenía forma de anzuelo. Entonces comprendió por qué Blunt había tenido que hacer tanta fuerza para arrancárselo.
El sujeto se quedaba quieto por segundos. Sus ojos rodaban en las órbitas y sus labios aparecían cubiertos de una extraña espumilla. Duxley se percató entonces de que la perforación de la yugular había sido algo meramente accidental. La fuerza mortífera del proyectil estaba en el veneno de que había sido impregnada la punta.

Retrocedió un paso, con las manos extendidas, cubiertas de líquido rojo.
—Voy a lavarme —anunció.
Blunt respiraba estertorosamente. Era evidente que ya no podría hablar. Frustrado, buscó el baño, se lavó y, después de secarse, regresó a la sala.
—Ha muerto —dijo Clelia sombríamente.
Lanzó la caja a un lado. La tapa se abrió y un muñequito de cuerda salió andando. Tropezó con la pata de una silla, giró y continuó su marcha.
.—El truco no nos sirvió de nada —murmuró.
Duxley dejó la pistola a un lado.
—Era de imitación, pero se lo creyó —dijo.
Clelia inspiró fuertemente.
—¿Has visto al asesino, Hugo?
—Era Pottpick.
—¿Seguro?
—Aunque iba muy cubierto, tiene una silueta y unos movimientos inconfundibles. No puedo equivocarme.
—Y ahora nos va a gastar una jugarreta, Hugo.
-¿Si?
—Denunciará a la policía que aquí hay un cadáver...
—No, no le conviene en absoluto.
—¿Lo crees así?
—Nosotros nos veríamos en un apuro, pero hablaríamos y la policía investigaría el Zealand's a fondo. Pottpick callará, porque sabe que nuestro problema estriba ahora en deshacernos discretamente del cadáver de su compinche.
—Menudo problema —se lamentó Clelia—. ¿Qué vamos a hacer con el «fiambre»? ¿No se dice así?
Duxley asintió.
—Imaginemos que esto es un match de tenis. Pottpick me ha lanzado un buen Passing-shot, pero yo estoy en excelente posición y voy a devolvérselo de la forma que menos espera. Claro que para eso vamos a tener que comportarnos como auténticos criminales, cosa que no somos en absoluto.
—¿Qué piensas hacer? --preguntó Clelia.
Duxley se lo explicó. Ella aprobó con un movimiento de cabeza.
—Si, es una adecuada devolución de la pelota —convino.
Duxley miró a su alrededor.
—La casa es tuya —dijo.
—En efecto, aunque suelo venir muy poco por aquí. La heredamos de mis padres. Prímula y yo, pero no me gusta demasiado el lugar en que está situada. La venderé, cuando tenga la certeza de que ella está

muerta.
Hubo un momento de silencio. Duxley contemplaba el cadáver de Blunt y se estremeció al pensar en el trabajo que iban a tener para limpiar la sangre. Al cabo de unos momentos, se inclinó, recogió el dardo y, tras envolverlo cuidadosamente en un pañuelo, lo guardó en el bolsillo.
—Tengo un amigo que es químico. Haré que analice el veneno de la punta —manifestó.
—¿Servirá para algo, Hugo?
—Al menos, satisfaremos nuestra curiosidad. Y ahora que lo pienso... Clelia, tú dijiste que Blunt habia ido al continente, con otra mujer, la cual se hizo pasar por tu hermana.
—Así tuvo que ser, a juzgar por los informes que pude conseguir. Aunque .bien pudo ocurrir que ella estuviera ignorante de lo que había pasado. Por unas pocas libras, aceptaría desempeñar el papel y no tenia por qué saber necesariamente que la -persona cuya identidad había tomado estaba muerta.
—Es un razonamiento completamente lógico —dijo él—. Trataremos de buscar a esa mujer. Un día podría resultar un buen testigo de cargo contra esa pandilla de criminales.
—Posiblemente, Hugo.
—Sí, seguro —afirmó Duxley—, Y ahora, ¿empezamos a trabajar?
Clelia sintió un escalofrío.
—Cuando tú digas —contestó.

* * *

Separó la escalera del andamio y la llevó a otro lado del jardín, apoyándola en la tapia, justo a la altura de la fachada norte. Inició la ascensión, con el cadáver de Blunt cargado sobre los hombros y, aunque el último peldaño quedaba a dos metros de distancia del borde del muro, fue suficiente
para poder pasar el cuerpo por encima y lanzarlo al rincón que se formaba entre la casa de juego y el muro.
Descendió a continuación, volvió la escalera a su sitio y regresó junto a la muchacha.
—Ya podemos irnos —dijo.
—Creo que voy a estar unas cuantas noches sin dormir —se estremeció Clelia.
Sonriendo en la oscuridad, Duxley agarró su brazo y la empujó suavemente hacia la salida.
—Estoy seguro de que pronto podrás recobrar la paz de cu espíritu —dijo—. Por otra parte, no debes lamentarlo. ¿A cuántos infelices no habrá enviado Blunt a la tumba?

Era un consuelo muy pobre, pero no encontraba otras palabras con las que dar ánimo a la muchacha. Salieron del jardín y caminaron un rato por la acera.
Un poco más tarde, Duxley divisó una cabina telefónica.
—Espero que no se hayan acostado todavía —manifestó.
—La sesión de juego dura hasta altas horas de la madrugada y son poco más de las tres. Zealand’s es un lugar donde se vive de noche —respondió ella.
Duxley entró en la cabina, puso una moneda y marcó un número. A los pocos instantes, percibió una voz de tonos oscuros:
—Zealand’s. Soy Pottpick. ¿En qué puedo servirle?
—Pottpick, envíe a uno de sus esbirros al rincón del lado sur del jardín. Encontrará allí un regalo. Adiós.
Duxley no quiso ser más explícito. Sabia que sus palabras despertarían la curiosidad del sujeto y que enviaría alguien a aquel lugar del jardín.
—¿Y si nos devuelven la pelota? —preguntó Clelia, muy aprensiva.
—No lo creo.
—¿Por qué?
—Ahora pasarán algunos días antes de que volvamos por la mansión Stanrhode. Si hacen lo mismo que nosotros, es decir, lanzar el cuerpo por encima de la tapia, lo dejarán abandonado en el jardín. A los tres o cuatro días, empezará
a heder y… bien, identificarían a Blunt y les harían muchas preguntas, que no tienen interés en contestar.
—Entonces, esconderán el cadáver…
—En el mismo lugar, supongo, en que escondieron los otros, incluido el de tu hermana Prímula.
Clelia sintió un escalofrío.
—Es terrible —murmuró—. Ni siquiera sé dónde está, para llevarle unas flores…
Duxley oprimió cariñosamente su brazo.
—Algún día, esos asesinos recibirán el castigo que se merecen —vaticinó.

CAPITULO VIII

La sirvienta tocó con los nudillos en la pared del dormitorio. Duxley, que se habia acostado bastante tarde, casi de día, emitió un gruñido de queja.
La señora Harmon insistió.
—Señor, tiene una visita —dijo.
Duxiey abrió un ojo y consultó el reloj de su muñeca. Eran las once y cuarto de la mañana.
—Está bien, saldré en seguida —gritó—. Sírvale café a quien sea, señora Harmon.
—Sí, señor.
Duxley se levantó y fue al baño. Un cuarto de hora más tarde, ataviado con una bata, apareció en la sala.
Respingó, sorprendido.
—¡Caramba, tú! —exclamó.
Polly Drake sonrió.
—Se ve que no me esperabas —dijo.
—Si he de ser sincero, no. ¿Puedo serte útil en algo?
Duxley se sirvió una taza de café.
—Perdona, pero me acosté casi de día... —añadió.
—Fue una buena juerga, supongo.
—Según se mire. También hay ocasiones en que se trasnocha y no precisamente por diversión. Polly, ¿te ocurre algo?
—Sí. Bueno, a mí no, pero... Se trata de una amiga mía. No se lo he dicho a ella siquiera, para no... espantar la pieza. No sé si me comprenderás.
—Tendrás que explicarte un poco mejor —dijo Duxley, un tanto fastidiado por la interrupción de su sueño y por los
rodeos que daba su visitante—. Sé sincera, no tengas miedo, Polly —añadió.
—Está bien. Creo que hay otra víctima.
—¿Otro asesinato?
—Sí.
—¿Los del Zealand's?
Polly asintió con repetidos movimientos de cabeza.
—No puedo referirme a otros —contestó.
—Perfectamente. Suéltalo de una vez.
—Se llama Emma Rogers. Es... bueno, lo era en tiempos, porque nos distanciamos. A mí no me gustaban algunas de sus amistades. Emma empezó a moverse en ciertos ambientes del hampa y yo considero que no es ése mi mundo.
—Me gusta que pienses así. ¿Qué le pasa a tu ex amiga?
—A veces, nos saludamos. Ayer me la encontré y me enseñó algo...

Oh, todavía no sé cómo no empecé a chillar...
Duxley apretó los labios. Trató de ser paciente, para no mostrarse descortés.
—¿Le había ocurrido algo grave?
—Oh, no, todo lo contrario. Llevaba en la mano derecha un anillo con un brillante de cinco kilates. Hugo, yo conocía perfectamente esa sortija. Conocía también a su dueño. Emma no puede ser la dueña de la sortija, a menos que el propietario haya muerto.
Duxley se puso rígido.
—¿Le preguntaste quién se la dio?
—No, no me atreví. Casi me dio miedo...
—¿Hay posibilidades de error? Quiero decir que tal vez era una sortija idéntica a otra que habías visto...
—Le pedí que me la dejara contemplar de cerca. La montura es muy peculiar. El dueño se sentía muy satisfecho de la joya. Se lo insinué en más de una ocasión, pero él se negó siempre a regalármela.
—Es decir, tú y él...
Polly puso cara de circunstancias.
—La vida, Hugo —contestó.
—¿Cuánto tiempo hace de eso, Polly?
—Ocho o nueve meses. El dio por terminada la relación.
Me hizo un buen regalo, me dio un cheque... Hugo, te juro que he visto esa sortija infinidad de veces en la mano de su dueño. ¡No puedo equivocarme!
Duxley comprendió que la rubia hablaba con toda sinceridad. Ella no habría ido a verle, si no estuviera segura de que decía la verdad.
—Está bien —se decidió finalmente—. Voy a vestirme. Vendrás conmigo a ver a Emma.. si no tienes inconveniente.
—Ninguno, Hugo.

* * *

La puerta se abrió, tras la llamada, y una morena de cuerpo sensual abrió, con una mano en la boca, para ahorrar los bostezos que le producía un sueño evidentemente interrumpido con brusquedad.
—¿Qué desean...? —empezó a decir—. Oh, pero si es Polly... Chica, ¿qué diablos haces en mi casa tan temprano?
—Emma, son las dos de la tarde ya —contestó Polly severamente—. Te presento a un buen amigo, Hugo Duxley. Hugo, ella es Emma Rogers.
—Encantado, señorita —dijo el joven—, ¿Podemos pasar?
Emma pareció alarmarse.
—Polly, ¿qué sucede? Es del Yard, ¿no?
—No, no es policía. Anda, apártate —dijo la rubia, a la vez que

avanzaba hacia el interior de la casa—. ¡Uf, cómo apesta esto! ¿Es que no ventilas jamás tu apartamento, Emma? —preguntó mordazmente.
—Deja de criticarme. Vivo como mejor me parece y no tengo que dar explicaciones a nadie —contestó la morena, muy irritada—. Polly, te tenía por mi amiga...
—Y lo sigue siendo —terció Duxley—, Seguramente, la evitará un mal paso. Si- contesta a mis preguntas, claro.
Emma volvió los ojos hacia el joven.
—¿Qué clase de preguntas?
Duxley agarró su mano derecha y la levantó hasta la altura de su pecho. Sí, allí relucía el brillante de la sortija que Polly conocía ten bien.
—¿Quién se la dio? —preguntó.
Emma retiró la mano bruscamente.
--Eso no le importa en absoluto —respondió con desabrimiento.
—Emma, estás jugándote el pescuezo —dijo Polly—. Conocí muy bien a! dueño de esa sortija y sé que no hubiera querido desprenderse de ella por nada del mundo. Era un recuerdo de familia, ¿comprendes?
Los ojos de la morena fueron sucesivamente de uno a otro de sus visitantes. De pronto, pareció sentirse llena de aprensiones.
—Bueno, yo no la he robado...
—No la acusamos de robo, Emma —dijo Duxley—, Sólo queremos saber cómo llegó a su poder.
—Y seremos absolutamente discretos.
—¿Quién me garantiza que no es un policía y que prefiere ocultar su identidad?
—Si yo fuese un policía, ya la habría ordenado vestirse y acompañarme a Scotland Yard —dijo Duxley gravemente. De pronto, sacó un fajo de billetes y puso cinco de a diez libras en las manos de Emma—. ¿Le parece que un policía haria algo semejante?
Emma dudó un momento. A! fin, dijo:
—¿De verdad me prometen discreción si hablo?
Duxley levantó la mano derecha.
—Lo juramos.
—Bien, de acuerdo. Sospecho que se la birló a algún tonto... o tal vez se la dio-como pago de una deuda de juego. Me la regaló anteayer...
—¿Quién, Emma? —preguntó Polly, que estaba a punto de explotar.
—Olson.
—¿El «cortacaras» del Zealand's?
—A mi no me la ha cortado —se pavoneó la morena.
—Es lo mismo —dijo Duxley—. Polly, tú estás segura de la identidad de su dueño.
—Total y absolutamente —respondió la aludida con gran énfasis.
—Bien, Emma, con lo que nos ha dicho es suficiente. Ahora. por favor,

entrégueme la sortija.
—¿Qué? —gritó ella, furiosa—, ¿Me ha tomado por loca?
Duxley miró a su alrededor. Vio el teléfono y se acercó a él en dos zancadas.
—Emma, voy a llamar al Yard y haré que venga una nube de detectives, para que la interroguen sobre la forma en que llegó esa sortija a su .mano. Estamos seguros de que el dueño ha sido asesinado y a usted la considerarán cómplice de ese crimen. Imagínese lo que puede suceder después.
— Haz lo que dice —aconsejó Polly—, Vale más perder una sortija que la libertad por veinte años o cosa así.
—Es tan hermosa... —se lamentó Emma.
—Te he dado cincuenta libras..Confórmate.
Rezongando entre dientes, Emma se sacó la sortija y la puso en manos de! joven. Duxley sonrió satisfecho.
—Gracias, Emma. Nosotros vamos a ser discretos y callaremos, pero usted no debe mencionar en absoluto esta visita.
—Cuando Sandy te pregunte por la sortija, dile que se te fue por el desagüe del inodoro —añadió Polly—. Eh, pero, ¿no eras amiga de Blunt? —exclamó de repente—, ¿Cómo ha sido que Olson te hiciera ese regalo?
—Blunt se cansó de mí. Y yo me cansé de él. Le gustaba a Olson y venía a verme de cuando en cuando...
Duxley oyó aquellas palabras y se dijo que tal vez había encontrado un detalle que buscaba, sin saber dónde hacerlo.
—Emma, dígame, hace cosa de un año, ¿viajó con Blunt al continente?
—Sí. Estuvimos un mes dando vueltas por Francia, en la Costa Azul, sobre todo.
—Usted llevaba documentación distinta.
Ella se puso colorada.
—¿Quién se lo ha dicho?
—Se hacía llamar Prímula Brown, ¿verdad?
—No hicimos nada malo. No robamos ni estafamos a nadie...
—Y le pagaron bien por esa comedia.
—Un mes de diversión y doscientas cincuenta libras.
—Emma, gracias. Recuerde: en boca cerrada no entran moscas.
—Ni balas de revólver —agregó Emma venenosamente.
Abandonaron el apartamento. Duxley se sentía muy satisfecho de los progresos obtenidos.
—Tuviste una buena idea al venir a verme —dijo, cuando ya se disponían a entrar en el coche—. ¿Cómo se llamaba el dueño de la sortija?
—Grattan Kent. A estas horas, habrá muerto —respondió Polly tristemente.

Duxley asintió. Preocupado por sus problemas, no advirtió que había otro coche en las inmediaciones. Un hombre, sentado tras el volante, le vigilaba sin que se diese cuenta.
Los ojos de Harvey Pottpick brillaron siniestramente. Duxley se habría sentido muy preocupado de haber conocido la presencia del sujeto en aquel lugar.
Ei coche arrancó: Polly le hizo una pregunta:
—Hugo, ¿quién esa Prímula Brown que has mencionado antes?
—Ganó once mil libras en el Zealand's. Puesto que desapareció la misma noche que ganó esa suma, imagínate la suerte que ha podido correr.
Polly sintió un escalofrío.
—Está muerta —adivinó.
—Con toda seguridad —respondió él.

* * *

Emma Rogers entró en el despacho, sintiendo que las piernas apenas sí la sostenían. Sandy Olson había ido a buscarla. Le había recibido con grandes muestras de afecto, pero Olson se había mostrado. adusto, casi hostil. Cuando ella le preguntó adonde iban a ir, Olson se negó a contestar a sus preguntas.
Emma estuvo a punto de negarse, pero el recuerdo de la afilada navaja de Olson la hizo desistir. Pero cuando se vio frente a Pottpick, pensó que debía haber hecho todos los posibles para no ir hasta aquel lugar.
—Siéntate —ordenó Pottpick.
Ella obedeció en silencio. Estaba muy pálida y el corazón latía alborotadamente dentro de su pecho.
—¿Qué… qué quiere de mí? —preguntó.
— Hoy estuvo a verte un individuo llamado Duxley. ¿Qué quería de ti?
—¿Duxley? No… no le conozco…
—Sandy, saca tu navaja —dijo Pottpick fríamente.
Se oyó un chasquido. Emma chilló, aterrada. Sabía que le gustaba a Olson, pero éste dejaría de lado todos los sentimientos y le rajaría la cara.
—No; se lo diré… Sandy, por lo que más quieras, guarda esa maldita navaja…
—Entonces, ¡habla!
—Sí, sí… se lo diré todo… Ese hombre… Me preguntó por el viaje que hice el año pasado a… al continente, con Blunt…
Pottpick lanzó un juramento en voz baja. Su rostro se deformó por la ira que sentía. El cadáver de Blunt había aparecido al pie de la tapia y, aunque sabía quién lo había dejado allí, se daba perfecta cuenta de


que no podía hacer nada y que tenía que callar a la fuerza.

CAPITULO IX

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la estancia. Luego, Pottpick hizo un esfuerzo y adoptó una expresión más acogedora.
—Emma, ¿de verdad no te preguntó nada más?
—No, se lo juro. —Emma se dijo que debía callar lo de la sortija. Si lo mencionaba, podía considerarse difunta—. Sólo eso me preguntó, aunque no sé cómo llegó a averiguarlo...
—Es lo de menos. Tranquilízate, muchacha. Sandy, ¿quieres servirle una copa del vino especial?
Olson estuvo a punto de reberlarse, porque comprendía el significado de aquella petición. Pero la mirada que le dirigió Pottpick le hizo sentir escalofríos.
—C laro, jefe —accedió—. Te sentará bien, Emma —añadió.
—Gra... gracias —dijo la morena, muy aliviada de ver que las cosas se habían desarrollado mejor de lo que esperaban.
De pronto, se abrió la puerta.
—Harvey... Ah, tienes visita —exclamó Zealand—. Disculpa...
—No es nada importante, Randolph —contestó Pottpick—. ¿Sucede algo?
—Querría hablar un momento contigo, si no tienes inconveniente.
—Por supuesto. Sandy. quédate con Emma.
—Sí. señor.
Pottpick salió, dejándolos solos. Entonces Olson se abalanzó sobre la joven,
— Maldita sea, Emma. ¿Dónde diablos está la sortija que te regalé?
—La... la he perdido... Se me cayó...
Olson le propinó una espantosa bofetada,
—No me mientas —rugió—. Estabas loca por esa joya y juraste que no te la quitarlas mientras vivieses. ¿Qué has hecho de la sortija? ¿La has vendido por cuatro peniques?
Emma se puso a llorar.
—El me obligó... Dijo que el dueño había sido asesinado...
—¿Se la llevó?
—Sí...
Olson apretó los Sabios. Por fortuna, Pottpick ignoraba el detalle. De lo contrario, podría pasarlo muy mal.
Había pensado en dar a Emma una dosis más suave de vino narcotizado, para ver luego de librarla de la cámara mortífera, pero en aquel instante decidió que su seguridad personal valía más que. todas las cosas. Llenó la copa hasta el borde y se la entregó a ía joven.
—Bueno, bueno, no te preocupes —dijo en tono conciliador—. A fin de cuentas, es algo que puede pasarle a cualquiera. ¿Qué puede hacer él con esa sortija? En primer lugar, no es cierto que el dueño fuese

asesinado; simplemente, la empeñó para poder seguir jugando...
Olson continuo hablando, hasta que vio a Emma rodar al suelo sin conocimiento. Entonces, se sirvió una copa de otro frasco y la despachó de un trago. .
Pottpick entró momentos después. Vio a la mujer tendida en el suelo y sonrió.
—Bueno, vamos a deshacernos de ella —dijo— Sandy, es preciso encargar ácido. En la forma acostumbrada.
—Sí, señor.
--Ahora hay allí otro cadáver. Procura que no quede nada de metal sobre el cuerpo de Emma. Como de costumbre, claro.
Pottpick se preguntó cuándo podría hacer algo semejante
a un entrometido que se llamaba Hugo Duxley. Tendría que buscar Ia manera de conseguirlo.
Olson sonrió malignamente.
—Sí, señor, como de costumbre —respondió.

* * *

Duxley puso la sortija encima de la mesa y Clelia lanzó una exclamación de asombro.
—¿De dónde la has sacado? --preguntó—. Hugo, ¿es para mí?
—¿Te gustaría?
Ella hizo un movimiento de cabeza.
—No diría que no, aunque presiento... Falta el envoltorio, la caja forrada de terciopelo... Claro que también has podido conseguir una ganga...
—No es mía. Pero puede servir de prueba.
—¿Contra quién?
—Contra Zealand, Pottpick y sus secuaces. Perteneció a un tal Grattan Kent, el cual ganó un montón de dinero en la casa de juego.
Clelia se estremeció.
—Otra víctima —dijo a media voz.
—Seguramente.
—¿Quién tenía esa sortija?
—La misma mujer que se hizo pasar por tu hermana.
—¿La has encontrado?
—Fue una casualidad, pero, a fin de cuentas poco importa. Es más, en el momento oportuno, podría declarar como testigo de cargo.
—Hugo, ¿crees que la sortija es una prueba admisible en un tribunal?
—Si encontramos otras, sí, seguro.
—Será difícil.
. —¿Tenemos prisa?
—No, aunque...

—Habla, no temas, Clelia.
—Me preguntó si ellos no se darán cuenta de que les estamos acosando y, en consecuencia, tratarán de protegerse.
—Entiendo —dijo él—. Sí, es una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Pero también podemos hacer otra cosa.
-—¿Qué, Hugo?
—Entrar en el Zealand’s.
Clelia respingó.
—Oh, Hugo, eso es imposible —exclamó.
—¿Por qué? El Zealand’s y la mansión Stanrhode están juntos.
—Como no abras un boquete en la tapia... Pero, ¿quién lo hace, si tiene metro y medio de espesor?
—No será necesario emplear la dinamita..
—Bueno, entonces, dímelo, porque no se me ocurre ninguna idea.
—La tapia es muy alta, en efecto, pero se puede escalar.
—Sí, claro, y entonces, Pottpick estará aguardándote al pie, con los brazos abiertos.
—Clelia. no seas mordaz. El local se cierra a la madrugada, hacia las tres y media o las cuatro. Luego, todos se van a descansar. Está en una zona relativamente céntrica. No hay vigilante nocturno después de la sesión de juego. Tampoco hay perros. Ahora amanece a las siete de la mañana. Desde las cinco a ¡as siete, figúrate si tenemos tiempo de sobra para investigar.
—¿Qué pasará si alguien se despierta?
—Llevaré 'un spray con gas narcótico. Algún riesgo tenemos que correr, digo yo.
Clelia reflexionó unos instantes. Al fin, hizo un gesto de asentimiento.
—De acuerdo. ¿Cuándo asaltaremos el Zealand’s?
En aquel instante, se oyó una exclamación un tanto irónica:
—Hugo, viejo zorro, no me habías dicho que te encontraría aquí tan bien acompañado.

* * *

Duxley se puso en pie.
—Clelia, te presento a un buen amigo, Martin McElvin Martin, ella es Clelia Brown.
McElvin tomó la mano de la muchacha.
—La veo a usted y comprendo a los maridos que asesinan a sus esposas por otra mujer —dijo.
Ella se echó a reír.
—¿Es usted casado?
—No; pero si lo fuera, pensaría en quitar de en medio a mi esposa, señorita Brown.

—Yo también estaría en tu camino. Martin —rió Duxley.
—Te eliminaría igualmente, Pero, por fortuna, no soy hombre de instintos sanguinarios. Sé cuándo he perdido y me resigno a la derrota.
—Pero si me ha conocido ahora mismo —exclamó Clelia.
—Esa es la lástima —dijo McElvin jovialmente—. Hugo, necesito hablar contigo.
Duxley señaló una silla.
—Siéntate y come con nosotros —invitó.
—He almorzado ya. —McElvin declinó la oferta—. Pero aceptaré una copa con mucho gusto.
—Gracias, Martin, habla, sin temor delante de Clelia. No hay inconveniente en que ella sepa lo que me vas a decir.
—¿De qué se trata? —preguntó la muchacha,
—El dardo que Hugo me entregó. El veneno de la punta es curare.
Clelia se llevó una mano a ¡a boca.
—Dios mío...
—¿Seguro, Martin? —preguntó Duxley.
—Lo encargué a mi mejor experto —declaró McElvin.
Duxley se volvió hacia la muchacha.
Martin es director de una importante empresa de productos químicos —aclaró—. Naturalmente, disponen de un magnífico laboratorio y emplean a los mejores especialistas.
—Entonces, no cabe duda. Es curare —dijo ella.
—Si, aunque no me imagino por qué querían untar la punta de ese dardo con un veneno tan mortífero. Aunque
también debo añadir —manifestó McElvin—, que jamás había visto un dardo con punta de anzuelo.
—Seguramente, lo dispararon con una cerbatana, para conseguir mejor puntería —opinó Duxley.
McElvin se puso rígido.
—¿Quieres decir que fue empleado contra una persona?
--Hugo, ya no tiene sentido que le ocultemos la verdad —dijo Clelia.
—Era, por lo menos, cómplice de un par de asesinatos —aseguró el joven.
—Hugo, debieras informar al Yard...
Duxiey levantó la mano para atajar a su amigo.
—Por favor, Martin. Todavía no tenemos las pruebas súmenles —dijo.
—¿Pruebas? ¿Contra qué o contra quién? —se asombró McElvin.
-—Sospechamos que en el Zealand's ocurren cosas muy extrañas y nada agradables.
—Pero yo he ido allí infinidad de veces y no me ha pasado nada.
—Señor McElvin, ¿ha ganado alguna vez una suma importante? —preguntó Clelia—, Por ejemplo, diez mil libras.

McElvin sonrió.
—Ojalá hubiera tenido esa suerte —contestó.
—Habría sido tanto como firmar su certificado de defunción —dijo la muchacha, muy seria.
McElvin miró a su amigo.
—¿Está bromeando?
—Desearía que todo fuese una broma, Martin —contestó Duxley—. Sí, sospechamos, mejor dicho, sabemos que en el Zealand's se han cometido algunos asesinatos; pero, por desgracia, carecemos de las suficientes pruebas para hacer que se ponga en movimiento el largo brazo de la ley,
—Es horrible —dijo McElvin—. Nunca me hubiera figurado que en ese club pudieran suceder cosas tan desagradables. Lo extraño es que no se haya sabido antes...
—Lo han hecho con gran discreción y, peor aún, no se sabe qué ha sido de los cuerpos de las víctimas.
—Han desaparecido como si jamás hubieran existido —declaró la muchacha.
McElvin se sentía anonadado.
—Me parece increíble...
—No se lo parecería si su propia hermana hubiera ganado una noche once mil libras y no Ia hubiera vuelto a ver —dijo Clelia.
—Eso sucedió hace un año y tenemos noticias de, por lo menos, dos ganadores que también han desaparecido —agregó Duxley.
—Fantástico —calificó McElvin—, Sin embargo, estas cosas, a la corta o a la larga, acaban por saberse.
—Lo dudo mucho. Son pocos, seguramente, pero muy unidos. Como puedes imaginarte, no todos los empleados toman parte en el asunto. Pienso que sólo tres o cuatro están al corriente de lo que pasa, es decir, asesinan a la gente y luego hacen desaparecer sus cadáveres.
—Tres, Hugo —puntualizó Clelia—, Hemos de borrar a Blunt de la lista.
—¿Quién es Blunt? —preguntó McElvin.
—El hombre que recibió el dardo envenenado. Para que no hablase, naturalmente.
—Conseguimos... apartarlo de los otros —explicó Clelia—. Al fin. se mostró dispuesto a cooperar. Entonces fue cuando alguien le lanzó el dardo envenenado.
Duxley alabó mentalmente la discreción de la muchacha, que no había querido entrar en detalles sobre la muerte de Blunt.
—Y por eso mismo, el dardo tiene la punta de anzuelo, a fin de que la víctima tarde en arrancárselo. Si la punta fuese normal, se lo quitaría en seguida y tal vez el veneno no causaría efectos mortíferos —dijo.
De pronto, McElvin chasqueó los dedos.

—Tengo que comunicarles algo que puede resultar interesante, sobre todo, después de lo que he oído —manifestó—. Confieso que al principio no reparé en ello, pero ahora empiezo a pensar que tal vez tenga relación con esas misteriosas desapariciones.
—Habla, Martin —pidió Duxley.
—Se trata de ciertos pedidos que ha recibido mi compañía a lo largo de este año, en cantidades relativamente pequeñas, pero con cierta regularidad. Un pedido mucho mayor habría, quizá, despertado sospechas, pero en recipientes de veinte- litros. la cosa puede pasar desapercibida.
—¿Qué es, señor McElvin? —preguntó Clelia.
—Acido. Una fórmula especial de nuestra fábrica. Es un ácido terriblemente corrosivo. Precisamente, ayer, hicimos un envío de cien litros al Zealand's. Yo me preguntaba para qué podía querer tanto ácido en la casa de juego, aunque tal vez sea para mantener limpios los desagües. Ahora, pienso que la limpieza de sumideros no les importa en absoluto.
—¿Es muy fuerte ese ácido, Martin? —quiso saber el joven.
—Si te sumergieras en una bañera tan sólo medio llena de ese líquido, tu cuerpo quedaría totalmente disuelto en seis u ocho horas.
Clelia se llevó las manos a la boca. Sus ojos se dilataron espantosamente.
Duxley la miró comprensivamente. Sin necesidad de palabras, los dos sabían cuál era la suerte final que había corrido la hermana de ella.
—Y también Greenlake y Kent... y Dios sabe cuántos más se habrán disuelto en el ácido —murmuró el joven sombríamente.

CAPITULO X

Terminó de prepararlo todo y se sintió satisfecho. No faltaba nada de lo que estimó podía necesitar en la incursión que pensaba llevar a cabo en el Zealand's.

Había pensado en ir solo, pero Clelia se había empeñado en acompañarle. Ninguno de sus argumentos había hecho desistir a la muchacha de sus propósitos. Duxley, al fin, se había resignado a aceptar la compañía de Clelia.

Seria una incursión llena de riesgos, pero estimaba que debían llevarla a cabo. Cuando encontrasen las pruebas que buscaban, unos asesinos sin conciencia ¡rían a para a la cárcel para siempre.

De pronto, llamaron a la puerta.

— Sí —dijo.

La señora Harmon asomó la cabeza.

—Señor, la señora Drake —anunció—. ¿Le digo que pase?

—No, yo iré a la sala. Gracias, señora Harmon.

Duxley dejó todo en orden y abandonó el dormitorio. Polly le tendió las dos manos.

--Tengo algo importante que decirte —manifestó la rubia.

El le indicó un diván.

—Siéntate —dijo—. ¿Quieres beber algo?

—Un poco de jerez, por favor.

—Claro.

Duxley puso vino en una copa y se la entregó a su visitante.

—Sospecho que ocurre algo —dijo, en pie, frente a Polly.

—Sí, yo también lo creo así. Hugo, pienso lo peor de la pobre Emma.

—¿Qué? —se asombró él.

—Fui a su casa esta misma tarde. Se me ocurrió que, ahora ya más tranquila, ella podría contarme cosas que tal vez nos habia ocultado. Ya sabes, a fin de cuentas, ella y yo nos conocíamos de antiguo...

—Sí, sí, comprendo. ¿Qué te dijo, Polly?

—Nada, Hugo.

—¿Nada?

—No estaba en casa.

—Bueno, en ella, eso parece lógico...

—Alguien vino a buscarla y se la llevó en un coche que no era el suyo. El de Emma sigue estacionado frente a su casa.

—¿Sospechas que haya podido ocurrirle algo malo?

Polly asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Sí, especialmente si se piensa en el sujeto que fue a buscarla —respondió—. Pregunté a¡ conserje de la casa. No lo conocía, pero me dio sus señas personales. Coinciden en todo con las de Sandy Olson.

Hubo un momento de silencio. Luego, Duxley hizo una pregunta:

—¿Sabes a qué hora se la llevó Olson?
—Hacia las cuatro de la tarde, aproximadamente.
Duxley consultó su reloj de pulsera.
—Polly, creo que ya no podamos hacer nada por esa desgraciada —dijo. -
—¿Cómo que no? Ahora mismo me voy al Yard...
—Quieta —cortó él vivamente—. Si Emma fue a parar al Zealand's, a estas horas ya no está viva. Ahora no hay nadie en el club, ni siquiera los empleados, que no empiezan a llegar sino a partir de las ocho de la noche. El personal de limpieza actúa muy de mañana y termina antes de mediodía. Entonces, sólo tres personas quedan en el edificio: Zealand, Pottpick y Olson. ¿Crees que habrán perdido mucho tiempo con ella?
Polly bajó la cabeza, abrumada por los argumentos del joven.
—Pero, entonces, ¿cómo han sabido...?
—Lo ignoro. —De pronto, Duxley recordó un detalle—: Es probable que Pottpick me haga seguir, si es que no me sigue él mismo. Me siguió cuando Blunt...
Calló un momento, porque no queria hablar de aquel asunto, pero continuó en seguida:
—Temen algo y por eso quieren estar enterados de nuestros pasos. Si es así, saben que fuimos a ver a Emma y habrán actuado en consecuencia.
—¿Piensas hacer algo, Hugo?
—Ciertamente. Hoy mismo, Polly. Anda, vuélvete a casa y guarda silencio sobre todo lo que sabes. Ah, cuidado si alguien llama a la puerta. Mira antes a ver quién es el visitante. Si tienes sospechas, no abras. Si intentan forzar la puerta, haz ruido, grita, chilla, asómate .a la ventana y pide socorro. Pero enciérrate en casa y no salgas hasta que yo te lo permita.
—Me estás asustando, Hugo —se quejó Polly.
—Es para estar muy asustado —convino él.
Polly se marchó. Duxley, aprensivo, fue hacia el teléfono y marcó ej número de Clelia. La muchacha contestó de inmediato.
—¿Pasa algo. Hugo?
—No. sólo quería saber si estabas en casa. Olson ha secuestrado a Emma Rogers. A estas horas, es seguro que la han asesinado.
—¡Dios mío! —se aterró ella.
—Estoy terminando de preparar todas mis cosas. Iré a buscarte en seguida. No abras a nadie y río se te ocurra acudir a una llamada que alguien pueda hacerte, diciéndote que me ha sucedido un accidente, por ejemplo. ¿Entendido?
—Sí, Hugo.
Duxley colgó el teléfono y regresó al dormitorio. Aquella misma

noche, antes de que llegase el nuevo día, habría descifrado, esperaba, el enigma de la mansión Stanrhode.
—Aunque —murmuró ceñudamente— mejor sería decir el enigma de la casa de juego contigua

* * *

Consultó su reloj y vio que iban a dar las cinco de la madrugada. Hacía ya mucho rato que se habían oído las voces de los últimos clientes.
Más tarde, oyeron a los empleados que abandonaban el club y que no dormían en él. Finalmente, volvió el silencio.
Cuando lo juzgó necesario, Duxley abrió una bolsa que había llevado consigo y extrajo una escala de cuerda; con un gancho en uno de sus extremos.
—¿Agarrará? —dudó Clelia.
Duxley se volvió hacia la muchacha Ambos vestían de idéntica manera: pullovers negros, con pantalones del mismo color y gorros de punto también negros. Era el atuendo más apropiado para la ocasión.
—El borde del muro es liso. Una plataforma, para ser exactos. Al construirlo, Hallburns no quiso tener pinchos ni otros obstáculos, confiando simplemente en la altura y el grosor.
—Está bien, adelante.
Duxley hizo girar el gancho varias veces y lo lanzó hacia arriba. Después de un par de intentonas, «el arpeo agarró y se quedó fijo en el borde. Duxley hizo un par de pruebas y, satisfecho, empezó a trepar.
Momentos despues, llegaba al borde del muro. Había maleza; después de tantos años, habían crecido muchas plantas silvestres. Pero no representaba ninguna desventaja.
Clelia le siguió a continuación. Cuando estuvo arriba, Duxley fue al otro lado y colocó allí el gancho, procurando sujetarlo firmemente.
—Ahora bajarás tú la primera —dijo—. Yo sostendré el extremo de la escala, para el caso de que ocurriera algo.
Clelia asintió. El descenso se hizo sin inconvenientes. Cuando ya estaban juntos, en el jardín del Zealand’s, ella le hizo una pregunta:
—La puerta está cerrada, Hugo. ¿Cómo piensas abrirla?
—No la abriré. Entraremos por una ventana, mediante el truco clásico de romper un cristal con un diamante. Aplicaré antes una ventosa de goma…
—Como en las películas, vamos —sonrió Clelia.
—Salvo que Io he ensayado varias veces, para no fallar. Vamos.
Momentos después, llegaban a una de las ventanas laterales de la planta baja. Duxley llevaba una bolsa pendiente del hombro y empezó a trabajar de inmediato y sin el menor ruido.

Minutos más tarde, entraban en la casa. Iban calzados con zapatillas de suela de goma, muy gruesa, lo que evitaba el sonido de pisadas.
—¿Y ahora? ---dijo ella con un susurro.
Todas las luces de la casa estaban apagadas. Duxley encendió una pequeña linterna que había llevado a prevención.
—Empezaremos por el despacho en que te vi por primera vez —contestó—. Presiento que la solución, si no está allí, debe iniciarse en aquel lugar.
Clelia asintió. También ella pensaba lo mismo.
Convertidos en dos sombras fantasmales, subieron al primer piso. Las mesas de juego estaban cubiertas por sendos paños verdes. Duxley se encaminó directamente a la puerta de acceso al despacho de Pottpick.
Estaba cerrada con llave. Clelia emitió una leve exclamación de enojo.
—Contaba con ello y había venido preparado —dijo él.
Sacó un destornillador de la bolsa y empezó a trabajar. Un cuarto de hora más tarde, tenían libre el paso.
Después de cruzar el umbral, cerró la puerta. Buscó el interruptor, dio la luz y miró a su alrededor.
En uno de los costados de la pared, había una-caja fuerte.
--Sería interesante ver lo que hay dentro —apuntó la muchacha.
-—Eso queda para la policía —sonrió él.
Avanzó hacia la mesa de despacho, pasó al otro lado y empezó a tantear las paredes.
—¿Estás buscando el pasadizo? —preguntó Clelia.
—Si hacen desaparecer a la gente, tienen que llevar sus cuerpos a alguna parte que no sea fácil de advertir.
De pronto, oyó sonido a hueco.
Se producía debajo de un cuadro, situado a metro y medio del suelo. Estudió un momento la pared, repitió los golpes y luego apartó el cuadro a un lado, con ánimo de buscar el resorte que permitiera la apertura de la puerta secreta.
La puerta se abrió por sí misma. Clelia se puso una mano en la boca, para no lanzar un grito de asombro.
— Vamos —dijo él.
Cruzaron un corto pasillo y se encontraron en una estancia de pequeñas dimensiones, en cuyo centro había una mesa de forma alargada, muy sencilla, de madera y sin el menor ornamento. Era el único mueble de la estancia.
—¿Los sacan por aquí? —se extrañó Clelia.
Duxley no contestó. Lentamente, dio la vuelta a la estancia. observando las paredes con todo detenimiento. De pronto. vio una fina línea, que formaba un cuadrado de unos cuarenta centímetros de lado y, sacando de nuevo él destornillador. forcejeó hasta conseguir abrirlo. Lo que vio entonces le hizo sentirse lleno de perplejidad.

Clelia se acercó también.
—¿Para qué es eso? —preguntó.
—Lo ignoro. Veo un manómetro de presión, pero no se me ocurre qué .utilidad pueda tener.
—Hugo, esta habitación no parece tener salida. Creo que deberíamos regresar, ahora que aún estamos a tiempo.
Duxley hizo un gesto negativo. Volvió la tapa y se plantó en el centro, con las manos en las caderas.
—Estoy seguro de que los cadáveres salen por aquí. Pero, ¿cuál es el truco?
Entornó los ojos. De súbito, vio en el suelo algo que llamó su atención.
—Espera —murmuró.
Se acercó a la mesa y quiso levantarla, pero no pudo, porque las patas estaban ancladas al suelo. Forcejeó rudamente y, de pronto, la mesa giro a un lado, sin volcarse, y un hueco de forma circular quedó a la vista.
—Vamos progresando, Clelia —dijo satisfecho.
Al asomarse al pozo, vio una escalera de hierro adosada a la pared. La profundidad era de unos tres o cuatro metros.
—Voy a bajar —anunció.
—iré contigo., no quiero quedarme sola —manifestó ella.
Duxley descendió hasta el suelo. Vio una puerta de hierro, con una manija, y tiró de ella. La puerta giró con leve chirrido.
En aquel lugar no había luz. Enfocó el haz de rayos luminosos de su lámpara y vio algo que le hizo estremecerse.
—Clelia, Emma está aquí anunció en voz baja.
La muchacha se estremeció.
—¿Muerta?
Duxley se agachó, caminó a gatas y se acercó a uno de los cuerpos que yacían sobre el suelo de metal. La linterna iluminó los ojos muy abiertos de un rostro carente de expresión.
—Sí, está muerta —confirmó—. Blunt también está aquí.
La mejilla de Emma aparecía helada. Duxley se dispuso a emprender la retirada.
Entonces, oyó un grito sofocado a sus espaldas. Alguien lanzó una exclamación.
—Les hemos atrapado, señor Pottpick —dijo Olson.
Duxley sintió que se le helaba la sangre en las venas. Apagó la linterna, confiando en que así no se percatarían de su presencia en aquel angosto pasadizo, pero la voz que sonó a continuación le hizo saber que estaba en un error.
—Será mejor que salga, señor Duxley —ordenó Pott pick—. Tenemos a la chica en nuestro poder y le cortaremos al cuello si no obedece.
— No lo dudo en absoluto, sobre todo, si recordamos las aficiones del

buen Sandy Olson —contestó el joven serenamente.

CAPITULO XI

Mientras gateaba hacia atrás, Duxley se dio cuenta de que perdía la bolsa, pero, como no llevaba armas, no se preocupó por el detalle. Cuando salió del pozo, vio a Pottpick con una pistola en la mano.
Olson sujetaba a la muchacha con un brazo en su cintura. La otra mano sostenía un cuchillo que apoyaba en la garganta de Clelia.
—Basta. Sandy —dijo Pottpick plácidamente—. No es necesario ser tan truculentos. Ella es una dama y estamos entre caballeros.
Olson aflojó la presión, aunque no soltó del todo a Clelia. Ella aparecía muy pálida, aunque no daba muestras de sentir temor.
—Señor Duxley —continuó Pottpick—, por desgracia para ustedes, han averiguado demasiadas cosas que no nos benefician en absoluto. Lamento tener que darles una mala noticia: nos vemos obligados a deshacernos de ustedes.
—¿Lo lamenta o se alegra? —dijo el joven.
—Son puntos de vista —sonrió Pottpick—, No podemos permitirnos que desmonten una organización perfecta.
—Que se basa en el crimen y en el robo.
—Es la ley del más fuerte, amigo mío. Siempre sucede igual: el fuerte sobrevive y el débil es arrollado.
—Sobre todo, si ha tenido la suerte de conseguir unos cuantos plenos en la ruleta.
Pottpick hizo un gesto con la mano libre.
—Es una. lástima, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?
Permitir que una persona se vaya con varios miles de libras es... indecente. Usted ganó, creo recordar, pero se fue sin sufrir inconvenientes.
—Fueron finas ganancias muy pequeñas.
—Debió haberse contentado y no volver más por aquí o, cuando menos, no meter la nariz en un lugar inadecuado. Lo mismo que esta golfa que le ha acompañado.
--¡No soy una golfa! —protestó la muchacha—. Me llamo Clelia Brown y es mi nombre auténtico. Mi hermana era Prímula Brown, la joven que ganó once mil libras y que ustedes asesinaron.
Pottpick pareció sorprenderse.
—C reí que el apellido Brown era un seudónimo de conveniencia —dijo.
--Es el mío, legítimo, y haré que les castiguen por haber asesinado a mi hermana.
—Y a Greenlake, Kent y Emma Rogers —añadió Duxley
severamente.
—Suponiendo que no haya más victimas. Sospecho que no fueron los únicos —dijo Clelia.

Pottpick parpadeó.
—Están muy bien enterados de cosas que no debieran importarles en absoluto —murmuró.
—También sabemos algo sobre ciertas compras a la Mat son Darwin Chemical —dijo Duxley—. Acido —puntualizó.
Las enormes cejas del sujeto, semejantes a cepillos de color rojizo, se levantaron instantáneamente.
—También sabe eso —dijo a media voz.
Sobrevino un silencio ominoso. Luego, de súbito, Pottpick hizo un ademán.
— Sandy, regístralos —ordenó.
Olson guardó la navaja. Clelia se dejó quitar los pendientes sin oponer resistencia. Pero cuando las manos del sujeto empezaron a recorrer su esbelto cuerpo, retrocedió.
—Es inútil —dijo Pottpick—. De todos modos, lo hará. Deje que sea sin daño.
Ella cerró los ojos, resignándose al lascivo manoseo del
sujeto. Olson le quitó un par de anillos y el reloj de pulsera.
—Eso es todo —manifestó.
—Ahora ei otro, Sandy.
La pistola de Pottpick era suficiente amenaza para que Duxley no opusiera la menor resistencia. Lo mismo que Clelia, se dejó despojar de todo objeto metálico.
—¿Y ahora? —preguntó, cuando Olson hubo terminado la operación.
-r-Entrarán en ese cubículo y permanecerán hasta que yo les diga —respondió Pottpick—, Pueden elegir entre entrar por sí mismos o que Olson lleve sus cadáveres.
—Como hizo con Emma. seguramente.
Pottpick no quiso contestar. Duxley vaciló un momento, pero la mano del sujeto estaba demasiado firme y sabía que dispararía sin vacilar, apenas hiciera el menor gesto sospechoso. Atacar sin posibilidades de éxito no entraba en sus planes.
—Vamos, Clelia —dijo.
Agachándose, entró en el cubículo. Ella .le siguió en el acto.
Inmediatamente, oyeron el ruido metálico de Ia puerta que se cerraba con gran violencia. Clelia lanzó un gemido.
Olson soltó una risita.
Deberíamos haber instalado una cámara de televisión, para ver lo que hacen cuando les falte el aire —dijo sádicamente.
—Vamos arriba —gruñó Pottpick—. Este es un asunto que debemos solucionar cuanto antes.

* * *

La oscuridad duró muy poco en el cubículo, el tiempo suficiente para que Duxley pudiera recuperar la linterna que había dejado ante la inesperada aparición de los dos criminales. Clelia se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, completamente abatida.

—Oh, Hugo, ¿qué van a hacer ahora con nosotros? —sollozó—. ¿Hasta cuándo piensan tenernos aquí? ¿Por qué no nos han matado inmediatamente?

Duxley no contestó. Estaba muy ocupado en buscar una salida. Tenía la seguridad de que la había.

Los cadáveres eran llevados a aquel enorme ataúd de paredes metálicas. ¿Por qué de metal y no de madera?

—La madera no resistiría el ácido —dijo en voz alta.

—¿Cómo? —exclamó Clelia.

Duxley no quiso contestar, para no aumentar las preocupaciones de la muchacha. ¿Era tan sádico Pottpick que pensaba matarlos sumergiéndolos vivos en un baño de ácido?

Gateó lentamente por el suelo, buscando el menor resquicio que le diese una pista acerca de un agujero que les permitiese la salida. Tenía que haberla, se dijo una y otra vez. El hecho de que les hubiesen despojado de todos los objetos metálicos, corroboraba sus suposiciones. El ácido no disolvía el metal o, por lo menos, no con la suficiente rapidez que los asesinos necesitaban.

—Y luego, limpiarán esto con una manguera y lo que haya quedado después, se Irá por una cloaca…

De pronto, divisó una fina línea en el suelo, casi en el extremo opuesto.

La esperanza renació en su ánimo inmediatamente.

—Clelia, tráeme la bolsa de las herramientas —ordenó.

Ella,'rehaciéndose, hizo lo-que le pedían. Duxley usó primero el destornillador, pero al ver que no conseguía nada práctico, sacó un martillo y un cortafríos del mejor acero, que había llevado por si tenía que vencer algún obstáculo particularmente difícil.

Golpeó tres o cuatro veces. De pronto, Clelia se quejó de que le faltaba aire.

—Hugo, no puedo respirar casi…

Duxley suspendió su tarea unos instantes. También él notaba un desagradable ahogo, como si se encontrase en alguna montaña situada a gran altura.

—El manómetro de presión —dijo.

Golpeó, con furia, porque había adivinado la verdad. De súbito, parte del suelo cedió. Una oleada de aire mefítico
irrumpió con violencia en aquel reducido espacio. El olor era horrible, pero sus pulmones se rehicieron con el nuevo aporte de oxígeno.

Duxley asomó la linterna. Abajo, a unos dos metros y medio de

distancia, divisó una reja horizontal, en la que había algunas cosas blanquecinas. A la derecha se veía en comienzo de un tubo que se adentraba en el seno de la tierra, con una ligera pendiente hacia arriba.
—Vamos, Clelia, creo que he encontrado el medio de escapar de aquí.
Bajó el primero y apoyó los pies en la reja, que se hallaba situada sobre un pozo de profundidad incalculable con los escasos medios de que disponían. Luego agarró a Clelia por las piernas y la sostuvo en el descenso, hasta tenerla a su lado.
Ella le abrazó con fuerza, procurando dominar los temblores de su cuerpo. Duxley palmeó suavemente su espalda.
—Cálmate, cálmate... Pronto estaremos libres.
Clelia hipó unas cuantas veces y, al fin, empezó a rehacerse. Debajo de ellos se escuchaba el ruido del agua que corría a gran profundidad.
—¿Un río? —dijo, intrigada.
—No, la red de alcantarillado —explicó él.
Clelia bajó la vista y divisó aquellas cosas blancas. Un chillido de horror brotó de sus labios.
—El ácido no es tan bueno como supone McElvin —dijo Duxley tétricamente—, Claro es que, a lo mejor, no dieron el tiempo suficiente y esos huesos fueron arrastrados por el agua de la limpieza antes de que el ácido hubiera completado su labor corrosiva.
—Oh, calla, por favor...
Duxley miró hacia arriba. La trampilla, desagüe que, sin duda se accionaba por control remoto, continuaba abierta. Alargó la mano y la cerró con un fuerte golpe.
—¿Y ahora?
—Por aquí —señaló él.
Clelia se estremeció al ver el angosto tubo que se perdía en las tinieblas.
—¿No hay otro camino? —preguntó desmayadamente.
—El diámetro es el justo para que podamos pasar, pero acabaremos en algún sitio —repuso Duxley—. Yo iré delante; tú me seguirás, sin dejar de tener contacto con mis pies. ¿Entendido?
Clelia asintió. Duxley se agachó y entró en el tubo.
Estaba completamente seco, apreció. Debia de ser el colector de desagüe de algún edificio importante, pero hacía mucho tiempo que no se usaba. Súbitamente, creyó adivinar el final de aquel tubo.
Reptó poco a poco, siempre ascendiendo y, al cabo de unos minutos, se encontró en una espacie de cubículo, en el que a duras penas podía estar sentado. La linterna le hizo ver una oxidada tapa de hierro.
—¿Qué has visto, Hugo? —preguntó Clelia, tendida boca abajo a dos pasos de distancia.
—Posiblemente, la salida.

Duxley situó la linterna en el suelo, de modo que enfocara la luz hacia arriba. Tanteó con las manos y, al ver que no podía hacer nada, recurrió de nuevo al martillo y al cortafríos.
El metal estaba muy oxidado y cedió sin gran esfuerzo. Duxley alzó la tapa, recogió la linterna y luego, poniéndose en pie, apoyó las dos manos fuera del cuadrado orificio y salió fuera.
La atmósfera olía a humedad y abandono. Clelia le miró desde abajo.
—Tendría gracia que hubiésemos vuelto al Zealand's —dijo con insospechado humorismo.
—Creo que no —contestó él—. Ven, dame una mano.
Clelia se sintió izada a pulso con toda facilidad. A la luz de la linterna vio que se hallaban en una habitación muy pequeña, en la que se divisaban algunos trastos viejos, tanto, que la madera aparecía podrida y se desintegraba apenas tocarla. Había una puerta y Duxley la abrió sin dificultad.
—Ven —dijo, cogiéndola de la mano.
Duxley se alumbraba con la linterna para encontrar el camino. Momentos después, Clelia vio un gran vestíbulo, cuya disposición le resultó conocida.
—¡Es la mansión Stanrhode! —exclamó, atónita.
—Exactamente —corroboró Duxley, con la sonrisa en los labios.
Hubo un momento de silencio. Clelia, todavía pasmada, le miraba sin acabar de creer, lo que sucedía.
—Hemos hallado el pasadizo secreto... —dijo al cabo.
—En realidad, nunca existió. Pero, claro, los colectores de desagüe de ambos .edificios se reunían en un punto determinado, que es por donde nosotros hemos pasado.
—Quizá sir Francis desapareció por esa vía —apuntó ella.
—Es lo más probable. Cambió de nombre e inició una nueva vida en alguna parte.
—¿Dé veras?
—Sí. Fundó una familia y, aunque no la vendió, no se olvidó jamás de la casa.
—Pero hubo unos herederos...
—Porque se le declaró oficialmente muerto y él no tenía ganas de acabar en la horca, por haber dado muerte a Hallburns.
Clelia miró muy intrigada al joven.
—Hugo, ¿cómo sabes tú tantas cosas? —preguntó.
Duxley sonrió complacidamente.
—Porque soy el actual dueño de la mansión Stanrhode —contestó—. Por herencia, como descendiente de sir Francis —puntualizó.

CAPITULO XII

Pottpick y Olson llegaron a la habitación donde estaba la mesa y, tras colocarla en su sitio, se acercaron al cuadro de instrumentos. Pottpick abrió la puertecilla y frunció el ceño.
—¿Qué pasa? —preguntó el otro.
Pottpick sacudió la cabeza. Había notado que la puerta había sido forzada, pero vio todo en orden y manejó una palanca.
El compresor empezó a funcionar de inmediato. La aguja del manómetro se movió.
El aire fue extraído gradualmente de la cámara de metal. De repente, la aguja saltó hacia arriba.
—¿Qué diablos pasa? —gritó Pottpick.
Ignoraba que, en aquellos momentos, Duxley y la muchacha escapaban a través del desagüe que comunicaba con la red de alcantarillado. Naturalmente, entraba más aire que el que podía aspirar la máquina.
Golpeó furiosamente los instrumentos, pero no ocurrió nada. Bruscamente, la aguja se estabilizó y empezó a descender de nuevo.
—Algún fallo inesperado —dijo—. Pero se ha solucionado por sí mismo.
La trampilla había sido cerrada ya y la presión se hacía menor a cada momento que transcurría. Pottpick mantuvo la vista fija en el manómetro, hasta que vio una presión diez veces inferior a la normal.
—Será suficiente —dijo—. Dentro de un cuarto de hora estarán listos.
—¿Y después?
La mano del sujeto señaló una llave de color rojo que había en el cuadro de instrumentos.
—He reunido casi trescientos litros de ácido. Dejaremos que actúe durante cuarenta y ocho horas.
—Entiendo.
—Sandy, tengo sed. ¿Por qué no me traes una cerveza bien fría?
—Sí, señor —sonrió Olson—. Ahora mismo. También a mí el ejercicio me ha dejado seco el gaznate.
Pottpick quedó en el mismo sitio, pensando en que el asunto ya no podía continuar. Eran demasiadas desapariciones. Tarde o temprano, alguien haría mucho ruido. En la caja fuerte había una verdadera fortuna, en billetes de banco y joyas que habían pertenecido a las víctimas.
Sí, era hora de levantar el vuelo. Hablaría con Zealand y si no quería, tanto peor para él.
Transcurrieron algunos minutos. Súbitamente, Olson se precipitó en la estancia, pálido como un difunto.
—¡La policía! —gritó—. ¡Están entrando en la casa!

Pottpick dio un respingo.
—¿Seguro?
—He visto uniformes...
—No perdamos tiempo —Pottpick reaccionó rápidamente—. Nos esconderemos en la cámara de metal.
—Hay cuatro fiambres...
—¿Prefieres la compañía de los vivos, en el patio de un penal, durante el resto de tus días, a la compañía de cuatro muertos durante unas pocas horas?
—¡Rayos, no!
—Entonces, ¡aparta la mesa, pronto!

* * *

—Nunca me lo hubiera imaginado —dijo Clelia, admirada—. De modo que eres descendiente de sir Francis...
—El último. Sir Francis emigró a Estados Unidos, con un
nombre distinto, que traspasó a su hijo, naturalmente. El nieto, es decir, mi padre, se vino a vivir aquí, pero él y mi madre murieron cuando yo tenía dieciséis años y me volví a América, donde teníamos una pequeña propiedad, que he engrandecido a fuerza de trabajar durante casi catorce años.
—Es una historia fantástica, Hugo.
—Pero rea! —dijo él.
—Y durante todo este tiempo, no os habéis cuidado de la casa...
—A decir verdad, se puso en venta en más de una ocasión, pero nunca se recibieron proposiciones dignas de ser tomadas en consideración.. La mala fama, la escasez de la oferta... Ahora si parece que la cosa va en serio y puede que muy pronto quede ultimada la operación de venta.
—Y entonces te volverás a Estados Unidos.
—Sí, Clelia.
Ella fue a decir algo, pero no pudo continuar. A través de ía ventana, se veían luces de varios coches que pasaban a toda velocidad por el callejón cercano.
Dos o tres de los coches llevaban en el techo lámparas que chispeaban.
—¡Hugo, la policía! —exclamó.
Duxley apretó los labios,
--¿Irán a! Zealand’s?
—¿Por qué no vamos a comprobarlo?
—Sí, es lo mejor.
Cuando salieron a la calle, vieron ya las primeras luces del nuevo día. Corrieron a Io largo de! callejón y llegaron ante la verja del club, en donde había un par de policías de uniforme.

—No se puede pasar —dijo uno de ellos.
—Si han venido ustedes por unos asesinatos que se han cometido en esta casa, nosotros podemos darles muchos informes sobre el particular —declaró e! joven—. Llame a su jefe, por favor... -
Momentos después, eran conducidos a presencia de un hombre de mediana edad, que se presentó como detective inspector Houligan,
—inspector, no sé por qué están aquí, pero nosotros podemos asegurarles que se han cometido varios asesinatos —exclamó Duxley.
En aquel instante, Zeaiand apareció entre dos agentes de paisano.
— Inspector, aquí está el dueño —dijo uno de ellos.
Zeaiand parecía muy furioso.
-—¿Qué significa, esto? —gritó—. ¿Con qué derecho irrumpen en mi casa, como si esto fuese un antro de forajidos? ¿Quieren explicarme a qué se debe este hecho tan indignante?
—Con mucho gusto —contestó Houligan—. Hemos recibido una llamada anónima, en la que se nos denuncia el asesinato de una mujer llamada Emma Rogers. Simplemente, venimos a comprobar la veracidad de esa denuncia.
—¿Emma Rogers? —Zealand rió forzadamente—. Jamás he oído ese nombre, en los días de mí vida...
En aquel instante, Duxley avanzó unos pasos y se situó frente a Zealand.
—Es cierto —dijo—. Emma Rogers está muerta y nosotros hemos visto su cadáver. —Se volvió hacia el policía— Inspector, si tiene la bondad de acompañarnos, le indicaremos dónde está el cuerpo de esa mujer,
—Hay otro cadáver también —añadió Clelia—. El de un tipo llamado Blunt, que era empleado de este club.
Houliean miró un instante a Zealand y le vio mortalmente pálido. Su larga experiencia en el trato con ¡oda clase de delincuentes le hizo saber la culpabilidad del sujeto.
—Acompáñenme —dijo—. Vigilen bien a este bombee —aconsejó a sus subordinados. -
Momentos después, estaban en Ia habitación secreta. Duxley señaló el cuadro de instrumentos y explicó su utilidad. Sin embargo, Houligan reparó en que el joven había omitido un detalle;.
—¿Para qué es esa llave roja? —preguntó e! policía.
—Si la hace girar a la derecha, pondrá en marcha el sistema de aireación de Ia cámara secreta —dijo Zealand amablemente.
—Sí, será lo mejor.

* * *

—Me ahogo —gruñó Olson.
—Un poco de paciencia. Hay aire suficiente. Además, es preferible a

respirar el aire de una celda —dijo Potlpick.
Estaban tendidos en el suelo, con una linterna encendida para alumbrarse mientras permaneciesen allí.
—Podríamos haber escapado por el desagüe —rezongó Olson.
—No tiene salida. ¿Crees que no lo había pensado?
—Sí, claro... ¿Permaneceremos mucho tiempo aquí?
—Al menos, una hora. Luego ventilaremos un poco y, si oímos ruidos sospechosos, volveremos a escondernos. No podemos correr riesgos, Sandy...
En aquel instante se oyó el ruido de un líquido que caía desde una abertura situada en el techo del cubículo.
—¿Qué es eso? —gritó Olson.
Un olor denso, picante se expandió por la reducida atmósfera. Pottpick olfateó un poco y se puso lívido.
—Dios...
Olson lanzó un chillido.
—¡Me he quemado un tobillo!
El liquido caía ahora como una pequeña catarata, a través de un agujero que medía más de diez centímetros de diámetro. Aullando horriblemente, Pottpick se precipitó hacia la compuerta de acceso y empujó con ambas manos, pero el metal resistió a sus esfuerzos.
El nivel del ácido subía velozmente. Olson empezó a dar unos saltos terribles, abrasado por aquel liquido corrosivo, que ya alcanzaba varios centímetros de altura sobre el suelo. Pottpick ululaba como una fiera enloquecida.
La cascada de ácido no parecía agotarse. La atmósfera se hizo irrespirable en pocos minutos. Olson tosió unas cuantas veces, se llevó una mano a la garganta y cayó de bruces sobre el ácido. El reflejo del dolor le hizo incorporarse convulsivamente un instante, pero volvió a caer y ya no se movió más.
Pottpick estaba arrodillado, forcejeando sin cesar con la
compuerta. De pronto, vio que sólo le quedaban huesos en las manos.
Un horrible alarido brotó de su garganta. Cayó de costado y, durante unos momentos, se agitó espantosamente. Luego, poco a poco, sus movimientos se hicieron más débiles hasta que cesaron del todo.
La linterna era barata, con estructura de plástico. El ácido corroyó el plástico y la luz se apagó.

* * *

—Zealand lo tiene muy mal. La acusación será de homicidio intencionado --dijo Duxley aquella misma tarde.
Estaban cenando en un discreto restaurante, junto con McElvin y Polly Drake. McElvin dijo:

—Un buen abogado puede sacarle del apuro, alegando que todo lo hicieron sus secuaces.
—No. La caja estaba repleta de dinero y joyas robadas, y esto es algo que él no podía ignorar. Además, están las muertes de Pottpick y Olson.
—Abrió Ia llave del depósito de ácido.
—Sí, pero esa misma llave bloqueaba la compuerta, de tal modo que los dos hombres encerrados allí, no pudieron salir. Zealand quería que el ácido disolviese los cuerpos de Blunt y de Emma, para así evitar pruebas en contra. No le sirvió de nada.
—¿Cómo se supo que esos dos sujetos estaban allí? —preguntó Polly.
—Bueno, cuando se vio. que no aparecían... A mí se me ocurrió la idea de que podían haberse escondido en la cámara. Zeaiand lo oyó y estuvo a punto de desmayarse. Entonces, hizo funcionar los controles de desagüe, para vaciar el cubículo. Me abstengo de expresar lo que había en aquel lugar infernal —concluyó Duxley.
Polly se puso una mano en la boca.
—Hugo, por el amor de Dios, estamos cenando...
Clelia miró sonriente a la rubia.
—Así que fuiste tú quien avisó a la policía —dijo.
—Sí. Me sentía muy nerviosa. Y también aprensiva. Creía que Olson iba a venir a buscarme en cualquier momento...
—Y entonces, llamaste al Yard.
—Si no lo hubiera hecho, habría acabado con los nervios destrozados —confesó Polly.
—No te preocupes, salió bien y eso es lo que importa —dijo Duxley
McElvin le miró, un tanto perplejo.
—Asi. pues, el enigma de la mansión Stanrhode ha quedado resuelto —dijo.
— En efecto. Pero aun hay más. Pottpick era descendiente de Dalryle Hallburns. Sin embargo, ignoraba que sir Francis fue mi bisabuelo.
—¡Qué curiosa coincidencia! —se asombró Polly.
—Sí. la vida tiene esas fantasías —convino el joven. Se volvió hacia Clelia—, Pero es preciso seguir adelante, ¿no te parece?
Clelia calió un momento. Pensaba en su hermana, en Greenlake, en Kent, en todos los que habían sufrido una horrorosa muerte en aquel antro de criminales... Pero, como acababa de decir Hugo, era preciso seguir adelante.
—Sí, querido —sonrió.
—Clelia. presiento que acabarás convertida en señora Duxley —dijo Polly—. Te irás a vivir a Estados Unidos, supongo.
La muchacha se ruborizó.
—No sé qué tal se me dará la vida de ranchera...
—Pruébalo. Si no lo haces, no lo sabrás.

McElvin miró a su amigo.
—Debes procurar que ella se habitúe a aquella forma de vida, tan distinta de la nuestra —aconsejó.
—Si Clelia acepta, lo intentaré —respondió el joven.
Miró a la muchacha y sonrió. La respuesta que había en los ojos de Clelia resultaba fácil de interpretar.

EPILOGO

La mansión Stanrhode fue vendida a un consorcio, que pagó un precio muy sustancioso a su propietario. Seria demolida; aunque había sido construida hacía más de un siglo, no era un edificio que encerrase particulares atractivos artísticos. Y su actual dueño no pensaba volver a Inglaterra sino en contadas ocasiones.

El mismo consorcio compró también la casa que había pertenecido a la familia Hallburns. Pottpick había muerto sin herederos, pero había que indemnizar a los familiares de ias víctimas. El importe de las ventas serviría para tal fin.

Algunas semanas más tarde, los flamantes señores Duxlv, Hugo y Clelia. embarcaron en Southampton en un barco que hacia la ruta de Nueva York. Los recién casados habían preferido tai método de transporte, para disfrutar mejor de su luna de miel.

A veces, Clelia se sentia triste, porque nunca podría llevar flores a la tumba de su hermana. Duxley procuraba apartarla de tan tristes pensamientos. No, no era agradable pensar que Prímula, convertida en líquido, se había ido por las al cantarillas.

McElvin y Polly acudieron a despedirles. En el muelle, agitaron los pañuelos cuando ya el barco empezaba a moverse.

—Llevan una temporada saliendo juntos casi a diario —observó Clelia.

Duxley asintió. Polly parecía haber sufrido una enorme transformación.

El pelo era rubio, pero ahora más oscuro, porque no empleaba tinte. El maquillaje era más discreto, lo mismo que los vestidos.

—Le gusta a McElvin y es soltero —dijo.

—Acabarán por casarse —apuntó ella—. Me gustaría que fuese así, cariño.

—Se casarán, no te quepa duda —contestó él.

La vida de Polly no había sido demasiado edificante, pero McElvin era hombre comprensivo, pensó. A fin de cuentas, no se podía vivir siempre en el pasado.

—Merecen ser felices —agregó.

Clelia agarró con fuerza el brazo de su esposo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Como nosotros —dijo.

—Así lo espero.

—Hugo, ¿me enseñarás a montar a caballo?

—Claro.

—Ya sé hacer café al estilo de Texas.

—Es una ventaja, querida.

El barco se alejaba del muelle. Les alejaba del horror de las últimas semanas. Navegaban hacia un futuro sin nubes.

F I N